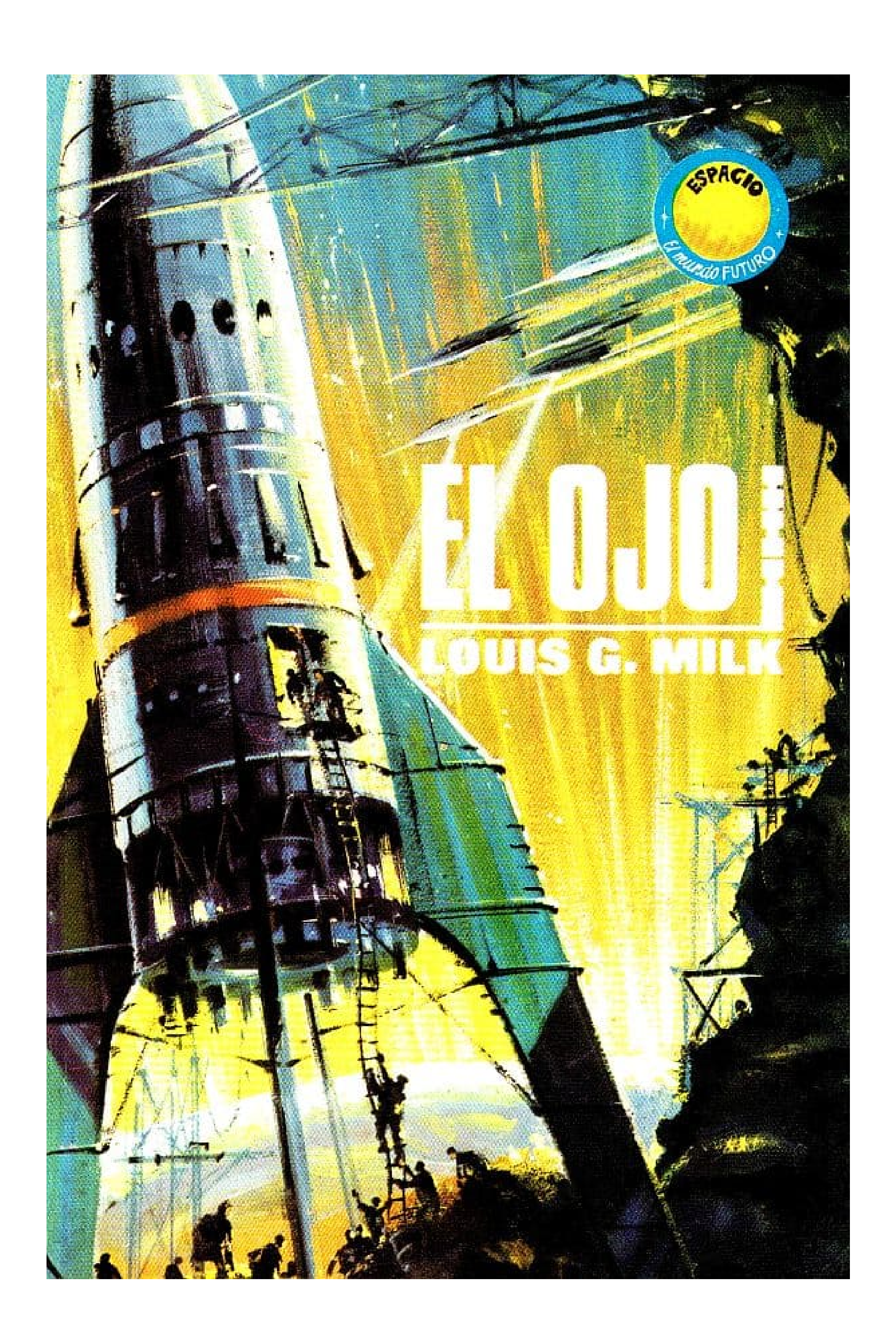

ESPACIO
El mundo FUTURO
EL OJO
LOUIS G. MILK

El jefe de la
P. U. S.
miró a los cuatro hombres que tenía sentados en semicírculo frente a sí.

Bert Dadzeus era un sujeto de mediana edad y aspecto inicuo, por lo que hubiera podido pasar por oficinista en cualquier parte. Sin embargo, muy pocas personas sabían que era jefe de uno de los más poderosos organismos del Gobierno Central del planeta.

El nombre del organismo era Policía Ultrasecreta,
P. U. S.
abreviadamente, y su existencia, aparte de por los mismos miembros, sólo era conocida por una docena escasa de personas.



Louis G. Milk

El ojo

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 380

ePub r1.0

LDS 20.06.18

Título original: *El ojo*
Louis G. Milk, 1966
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

El jefe de la
P. U. S.
miró a los cuatro hombres que tenía sentados en semicírculo frente a sí.

Bert Dadzeus era un sujeto de mediana edad y aspecto inicuo, por lo que hubiera podido pasar por oficinista en cualquier parte. Sin embargo, muy pocas personas sabían que era jefe de uno de los más poderosos organismos del Gobierno Central del planeta.

El nombre del organismo era Policía Ultrasecreta,
P. U. S.
abreviadamente, y su existencia, aparte de por los mismos miembros, sólo era conocida por una docena escasa de personas.

Además, la
P. U. S.
sólo intervenía en casos muy excepcionales. Por dicha razón, sus efectivos eran reducidos al mínimo y sus miembros reclutados entre individuos de calidades altamente contrastadas en lo físico y en lo moral.

Tan escasas eran las intervenciones de la
P. U. S.
que el archivo, harto diminuto, era llevado en persona por el propio jefe Dadzeus. Y sobre su persona, en un amplio medallón de adorno, que contenía los microfilms en los que se registraban las intervenciones del organismo.

El propio Dadzeus se encargaba de hacer los microfilms de los escasos informes escritos que recibía, revelarlos, positivarlos y luego destruir los documentos originales y los negativos.

En cuanto al positivo del microfilme, convertido en una tira de

un milímetro de anchura por seis o siete de longitud, iba a parar al interior del medallón, que parecía uno más de los que los ciudadanos adinerados usaban comúnmente como adorno. Era una pesada pieza de oro, redonda, de diez centímetros de diámetro por uno de grueso, cuya combinación de apertura sólo conocía el propio interesado.

El medallón pendía de su cuello por una gruesa cadena del mismo metal. Nadie podría arrebatárselo sin antes cortarle la cabeza y, antes de que tal cosa sucediera, Dadzeus estaba en condiciones de presionar un minúsculo botón que pondría en funcionamiento el mecanismo de destrucción de los microfilms, para que no cayeran en manos ajenas.

Apenas si había registrados un centenar de casos y aún quedaba espacio en el medallón para un millar de casos más. Sería preciso que transcurriesen muchísimos años para que se juzgara lleno por completo el archivo.

En el presente, Bert Dadzeus había considerado precisa la acción del organismo que dirigía.

Por dicha razón tenía delante de sí a los cuatro mejores agentes de que disponía en aquellos momentos.

Todos eran tipos corrientes, que no destacarían en absoluto, en una multitud de personas. Además, ninguno de ellos, ni aun el mismo Dadzeus, llevaban documentos que justificasen su pertenencia a la
P. U. S.

Oficialmente, la
P. U. S.
no existía. Los jefes de las policías ordinarias y de los servicios de contraespionaje, tampoco conocían la existencia de la
P. U. S.

Los agentes de la
P. U. S.
obraban por su cuenta y corriendo sus propios riesgos. Recibían un salario elevadísimo y su nota de gastos era abonada sin la menor discusión. No había límite para la cantidad de dinero que podían consumir en una misión.

Los fracasos eran contadísimos. Sin embargo, casi cada vez que se producía uno de ellos, significaba que un agente había perdido la

vida.

Entonces, Dadzeus abría el medallón y, con unas pinzas muy finas, extraía un microfilm que terminaba en un puntito rojo. Colocaba la película en un proyector especial, la ampliaba y fotografiaba los nombres.

Reproducía la fotografía a tamaño de la página de un libro. Tachaba el nombre y a continuación realizaba el proceso a la inversa, para volver al medallón un nuevo microfilm. Pero tales operaciones eran más bien raras.

Los cuatro agentes que tenía ante sí eran Pedro Kaldoon, un fornido irlandés de pelo castaño y ojos azules; Dionisio López, peruano de aire indolente y rasgos incaicos en sus facciones; Hervé Mauritz, francés de aspecto remilgado, pero astuto y afilado como una espada de duelista, y Toni Hiwan, un javanés aceitunado que sabía ser tan sinuoso como una serpiente, cuando el caso lo requería.

Por un momento, el jefe Dadzeus pensó que tal vez pronto tendría que tachar algún nombre de su lista de agentes, pero pronto dejó a un lado los pensamientos tan fúnebres.

—La ocasión es grave, muchachos —dijo, tras los primeros saludos—. Tanto, que la estabilidad política del planeta está en un muy difícil equilibrio. Si se rompe… sólo Dios sabe lo que puede llegar a pasar.

»Todos ustedes saben que el Gobierno Central rige el planeta con la aquiescencia de los Gobiernos Continentales. Bien, el caso es que siempre hay roces, fricciones y divergencias de opinión entre el Central y los Continentales, problemas que, hasta ahora, mal que bien, se han ido resolviendo por la habilidad y la paciencia de todas las partes.

»Pero es el caso que, recientemente, se ha descubierto que el Gobierno Continental Asiático quiere, digamos independizarse. Esto significaría que sus miembros dejarían de acatar la autoridad del Gobierno Central, con las consecuencias de todo orden que son fáciles de prever.

»A fin de tomar medidas para contrarrestar los efectos de esa posible secesión, se reunieron el otro día cuatro o cinco de los ministros más caracterizados del Gobierno Central, los titulares de los departamentos a quienes mayor daño podría causar la

separación de los asiáticos. A propósito, Toni, usted es asiático —dijo el jefe con aparente negligencia.

Hiwan sonrió levemente.

—Sólo por el nacimiento y la constitución racial, jefe —respondió—. En todo lo demás, mi patria es la Tierra y mi gobierno, el Gobierno Central.

Dadzeus inclinó la cabeza.

—Esperaba oírle hablar así. Gracias, Toni. —Hizo una corta pausa—. Bien, continuaré. Estábamos en la reunión de los ministros.

»Fue una reunión mucho más que secreta. Sólo estaban ellos, sin secretarios ni ordenanzas ni oficiales de confianza, ellos solos, absolutamente. Ni siquiera se tomaron notas escritas de cuanto se debatió en la reunión.

»Pero alguien se enteró de todo cuanto habían dicho los ministros, y de tal modo, que pudo reproducir puntualmente, letra por letra y coma por coma, todas las palabras de la conversación.

»Se ha demolido la habitación donde se celebró la reunión y todas las inmediatamente contiguas. Los escombros han sido reducidos a polvo, así como los muebles.

»No hemos encontrado el menor rastro de micrófonos secretos ni, en fin, de ningún aparato que haya permitido a… a alguien escuchar las discusiones de los ministros. Pero éstos han reconocido, llenos de asombro, que todo cuanto dijeron fue reproducido con pasmosa fidelidad.

—Y el que lo consiguió —dijo Pedro Kaldoon— ha amenazado con enviar al Gobierno Continental Asiático una copia de dicha reunión, si no se le entrega determinada voluminosa cantidad de dinero, ¿no es así?

—Exactamente —contestó Dadzeus.

—Eso no se puede permitir —gruñó Mauritz.

—Debemos impedirlo a toda costa —añadió López.

—¿Ha dicho dónde y cuándo debe dejarse el dinero? —preguntó Hiwan.

—Sí, pero no conseguiremos nada. El dinero debe depositarse en un banco suizo y en una cuenta corriente registrada con una cifra, en lugar de con un nombre.

—Podemos obligar al banco suizo a que… —empezó a decir

Mauritz.

—Suiza no pertenece a ningún Gobierno Continental —le contradijo Dadzeus—. Sí, tendríamos medios de conocer la identidad del extorsionista: presiones comerciales y demás, pero estas cosas son lentas y tardarían años en dar el fruto apetecido. De todas formas, se va a hacer un ensayo discreto para futuros casos. Cuando la seguridad del planeta está en las manos de un loco, no podemos permitir que la avarienta conveniencia de unos plutócratas pueda arriesgar la vida de cientos o miles de millones de seres humanos.

—¿Y bien? —murmuró Kaldoon.

—Debemos encontrar al extorsionista, aunque haya cobrado ya su dinero. Debemos conocer el modo como averiguó todo lo que discutieron los ministros. Debemos, en fin, ponerle en situación que no pueda causar daño a nadie. Nunca más.

Hubo un momento de silencio.

Aquélla era una orden de matar, si resultaba preciso.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Mauritz.

El jefe contestó:

—La clave de todo está en una mujer. Desconocemos el nombre, y tampoco podría describirla muy bien. Sabemos que es alta, morena, buen tipo… pero mujeres así las hemos visto a docenas y las vamos a diario.

»Sabemos que ella sabe algo. Qué sabe y cuánto sabe lo desconocemos, pero es indudable que posee la clave del escondite del extorsionista. Algunos agentes de la
P. U. S.
que vigilaban el cuarto donde se celebró la reunión de los ministros vieron a una en apariencia secretaria de unas oficinas próximas, que luego desapareció y no ha vuelto a ser vista.

»Esa mujer no estuvo nunca empleada en ese departamento. Por tanto, sospechamos fundadamente que está al servicio del chantajista. Encuéntrenla y sáquenle todo lo que puedan… ¡como sea!

Los ojos de Dadzeus brillaban al pronunciar las últimas frases. Otra orden llena de implacable dureza.

—Ella, sin embargo —prosiguió—, no es otra cosa que un instrumento de nuestro hombre. Por su mediación, debemos

encontrar a éste y ponerle fuera de combate.

—¿Y su maravilloso medio de escucha? —preguntó Kaldoon.

—Que lo diga cuando lo hayan atrapado. Luego… mátenlo. El que lo encuentre, claro.

—¿Y ella? —quiso saber Hiwan.

—Es posible que haya actuado forzadamente. Estudiaremos su caso con detenimiento, pero, si es preciso, mátenla también.

Hubo un momento de silencio.

—Ya conocen la clave para comunicarse conmigo y para pedir dinero, si les hace falta. Comuníquense periódicamente conmigo para dar y recibir informes. Ustedes son los hombres que ejecutarán la parte más arriesgada del plan, separados y sin conocerse aparentemente entre sí, pero tengo a otros que van investigando y rastrillando todos los sitios. Yo reuniré las informaciones, las analizaré minuciosamente y luego les pasaré cuantos crea de interés. Eso es todo.

Mauritz rió con suavidad.

—Debe de ser horrible saberse espiado por un hombre con unos ojos y unos oídos que todo lo ven —comentó.

—Tal vez —contestó el jefe Dadzeus— nos está viendo y escuchando en este momento.

—¿También vio a los ministros? —preguntó Kaldoon.

El jefe asintió.

—No sólo les envió copia de su conversación, sino también fotografías de la reunión.

Kaldoon se estremeció. ¿Qué misterioso poder tenía aquel desconocido individuo?

CAPÍTULO II

Pedro Kaldoon abrió la puerta de su apartamiento con un profundo suspiro de alivio.

Al fin, se dijo, podría descansar. Llevaba tres días de continuo ir y venir por todas partes, sin que sus pesquisas hubiesen progresado lo más mínimo.

La mujer alta y morena no aparecía por ninguna parte. Kaldoon tenía una gallarda postura y había ensayado con un montón de mujeres, pero sus conocimientos psicológicos le habían dicho bien pronto que ninguno de ellas era la que buscaba.

Al día siguiente, volvería a empezar.

Cerró la puerta y encendió la luz. En el acto, se puso rígido.

¡Había una persona extraña en la casa!

El saloncito no mostraba la menor muestra de desorden. Sin embargo, Kaldoon, como todos los miembros de la
P. U. S.
tenía magníficamente entrenados todos los sentidos, sin excluir el del olfato.

Un tenue perfume se respiraba en el ambiente. No era el olor de la loción que Kaldoon usaba para el baño y el afeitado.

Kaldoon vestía unos pantalones ajustados a rayas negras y anaranjadas. Era la moda del momento.

Sobre su torso musculoso, llevaba un holgado blusón con los mismos colores de los pantalones, pero con las rayas más anchas. El blusón disimulaba el equipo que todo agente de la
P. U. S.
llevaba siempre consigo, incluso cuando no estaba desempeñando ninguna misión.

Sacó una pistola que podía ser tanto mortífera como paralizante,

según la intensidad de sus descargas, que afectaban al sistema nervioso. Graduó la potencia al mínimo y dio un paso hacia el dormitorio, de donde procedían los efluvios aromáticos.

En aquel momento, sonó el zumbador de la puerta.

Kaldoon se volvió. Acercóse nuevamente a la puerta.

Antes de abrir, presionó un botón situado a la derecha del marco. Un trozo de pared, de forma rectangular, se convirtió en el acto en una pantalla de televisión.

Había un desconocido frente a la entrada. Kaldoon no lo había visto jamás.

Se puso un poco nervioso. Sabía que tenía un huésped en la casa, femenino a lo que parecía, pero la experiencia le decía que también las mujeres podían matar.

—Estoy frente dos fuegos, se dijo, mientras abría la puerta.

Guardó la pistola a su espalda. El hombre, un sujeto menudo, de ojos huidizos y cara ratonil, dio un paso hacia delante.

—¿Pedro Kaldoon? —preguntó.

—Yo mismo —contestó el joven.

Entonces, el hombrecillo movió la mano y la metió dentro de su blusón. Un segundo después, la sacaba armada de una pistola análoga a la de Kaldoon.

—Lo siento, amigo. Esto no es nada personal.

Pero no pudo decir más. Kaldoon se le había anticipado en una fracción de segundo.

El hombrecillo se agitó al recibir la descarga paralizante. Su cara se contorsionó y su boca se ladeó de modo grotesco.

Al mismo tiempo, su cuello se torció bruscamente, con un movimiento demasiado rápido. Sonó un seco crujido y el sujeto se desplomó al suelo.

Kaldoon se inclinó sobre él y, cogiéndole por un tobillo, lo arrastró al interior de la estancia. Pegó un puntapié a la puerta y se arrodilló al lado del caído.

Le colocó una mano en el pecho. El corazón latía cada vez con menos fuerza.

Prácticamente, estaba muerto. La descarga paralizante había afectado demasiado a su sistema nervioso, provocando una convulsión muscular de tipo tetánico, que había causado la fractura de las vértebras cervicales.

Momentos después, el corazón del sujeto se paró definitivamente.

Kaldoon se puso en pie.

—Algunos son hipersensibles a esta clase de descargas —murmuró.

De repente, se acordó de que no estaba solo en la casa. Luego volvería para examinar el cuerpo del hombrecillo.

Cruzó el salón y abrió la puerta del dormitorio. En aquel momento, sin lugar a dudas, supo que había encontrado a la mujer que buscaba.

Dio de lado a la extrañeza que le causaba el que ella hubiese ido directamente a su casa; tiempo tendría de explicaciones. Ahora, lo más importante era hablar con la mujer.

Ella era alta, espléndidamente conformada, de pelo negro, corto, como el de un muchacho, y tez tostada, quizá no sólo por el sol. Dormía apaciblemente, vestida sobre el lecho, y su seno se alzaba y descendía con sosiego.

Kaldoon calculó que debía de tener unos veinticuatro o veintiséis años. Vestía con sencillez, de una manera muy parecida a la suya, aunque sus colores eran azul fuerte y gris plata.

Se acercó a la cama. La joven pareció presentir su cercanía, porque abrió los ojos y le miró.

—¿Pedro Kaldoon? —preguntó con voz musical.

—El mismo, señorita…

Ella se sentó en el lecho primero y luego se puso en pie. Era de aventajada estatura, casi tanto como Kaldoon.

—Shomo, Nelly Shomo —se presentó—. Lamento haberme tomado estas libertades, pero, en vista de que no estaba en casa, decidí esperarle. Me sentía cansada y… —Sonrió—. No me di cuenta de que me quedaba dormida.

—¿Por qué vino a verme? —preguntó él.

—Hablaríamos mejor en el saloncito, ¿no cree?

—En el salón hay un muerto.

Nelly palideció.

—Está bromeando —dijo.

—No bromeo. Por una fracción de segundos, no he sido yo el cadáver. Haga el favor de acompañarme.

—Sí, claro —murmuró ella.

Kaldoon cogió una sábana de la cama y salió del dormitorio, precediendo a la joven. Nelly exhaló un gemido al ver el cuerpo hecho un ovillo a dos pasos de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Acérquese. Tal vez lo conozca usted.

Nelly inspiró con fuerza. Dio unos pasos y examinó críticamente el contorsionado rostro del muerto.

—No le he visto nunca en mi vida —manifestó el cabo.

—¿Seguro?

—En absoluto.

—Bien.

Kaldoon cubrió el cadáver con una sábana.

—Tendremos que permanecer aquí hasta que vengan a buscarlo —dijo—. A menos que prefiera que hablemos en el dormitorio.

Ella volvió la cara con disgusto.

—En el dormitorio, sí, por favor —pidió.

Kaldoon abrió un aparador y sacó una botella y dos copas. Nelly caminaba ya hacia la otra estancia.

La joven se sentó en el borde del lecho. Kaldoon le entregó una copa.

—Beba, está muy pálida.

Nelly obedeció. Poco a poco, los colores fueron volviendo a su rostro. Kaldoon se dio cuenta que ella tenía las pupilas verdes más maravillosas que había contemplado jamás.

—Ahora, hable —ordenó.

—Se reirá de mí cuando sepa por qué estoy aquí —dijo Nelly.

—Con un muerto al lado, no quedan muchas ganas de reír. ¿Por qué ha venido?

—Me envió un hombre… Leonti Tukhamov.

—¿Quién es?

—No lo sé. Él dijo que era amigo mío y que debía venir a verle a usted. Yo le creí y…

—¿Pretende tomarme por tonto? —dijo Kaldoon enojado.

—Por favor —suplicó Nelly. Se pasó una mano por la frente—. No sé lo que me ocurre. Me encuentro rara… a veces me parece estar vacía, sin alma. Nunca había visto a Tukhamov, pero confié en él instintivamente. Por eso vine a verle. Leonti dijo que usted haría el resto.

Kaldoon frunció el ceño.

Las explicaciones de Nelly no parecían muy congruentes. Sin embargo, el hecho de haberla encontrado, dormida tranquilamente en su lecho, parecía hablar en su favor.

—¿Estuvo usted hace unos días en cierto departamento ministerial, fingiendo ser secretaria de unas oficinas próximas? —preguntó.

Nelly hizo un esfuerzo para recordar.

—No podría asegurárselo —dijo—. Creo que… que hay lagunas en mi memoria…

—Llevaba una carpeta con documentos bajo el brazo. Haga un esfuerzo y trate de recordar.

—Lo siento. No puedo. —Nelly le miró con gesto implorante—. Por favor, le ruego que me crea.

—Está bien —dijo él, tras corta reflexión—. La creeré cuando haya comprobado la verdad de lo que me está diciendo.

—¿Cómo? —quiso saber la joven.

—Por medio de Tukhamov. Él nos confirmará si lo que usted ha dicho es cierto o no.

—Es cierto, se lo aseguro.

—Pero no le dio explicaciones acerca de su orden.

—No.

—¿Le administró alguna droga?

Nelly se mordió los labios.

—Es posible. Se me acercó cuando estaba tomando café en… en un establecimiento situado en la Avenida Setenta y Tres. Se sentó frente a mí y… Quizá vertió alguna droga en mi taza de café, sin que yo lo advirtiese.

—¿A qué hora lo vio usted?

—Eran las cinco y media de la tarde.

—¿Recuerda dónde está esa cafetería?

—Sí, perfectamente.

—¿Sabe dónde vive Tukhamov?

—No, no me lo dijo.

Kaldoon meditó unos instantes.

—Me gustaría que viniese conmigo a ese local —dijo.

Nelly se puso en pie.

—Conforme. Quiero demostrarle que todo cuanto le he dicho es

cierto.

—Pero él no le dio más detalles. Sólo le dijo que viniese a verme.

—Efectivamente, así fue, señor Kaldoon.

—Llámeme Pedro —dijo él—. Yo la llamaré a usted Nelly. ¿Quiere pasar al baño a arreglarse un poco?

Ella le dirigió una desvaída sonrisa.

—Se lo agradeceré —respondió.

Mientras la joven se arreglaba, Kaldoon examinó con meticulosidad las ropas del muerto.

Quedó decepcionado, aunque no lo extrañó demasiado. Un asesino pagado, se dijo, no podía llevar encima nada comprometedor.

Al terminar, se puso en pie y se acercó al visófono. Usando la clave convenida, llamó al jefe.

Dadzeus no estaba en casa. Kaldoon sabía que era inútil hablar con otro personaje de la
P. U. S.

El jefe no tenía segundos. La
P. U. S.
consistía en él y sus muy numerosos agentes. Dadzeus era el único que tenía rango; los demás, se medían todos por el mismo rasero, salvo los que pudieran destacar en el desempeño de las misiones que les eran confiadas. Pero, hablando en términos administrativos, todos eran iguales.

Nelly salió del baño al fin. Su aspecto había mejorado considerablemente.

Kaldoon la contempló con secreta complacencia.

—¿Vamos? —dijo la joven.

—Espere un momento. ¿Cómo supo Tukhamov mi domicilio?

—No lo sabía. Sólo me dio su nombre.

—Entonces ¿cómo lo averiguó usted?

Nelly sonrió.

—Miré en la guía de visófonos —respondió.

Kaldoon emitió una risita de conejo.

—Es verdad —dijo—, mi nombre figura en ella. Pero ¿no añadió Tukhamov algo más acerca de mí, algún detalle personal?

—No. Sólo me dio su nombre y la orden de que le buscase. El

resto quedaría de su cuenta, dijo.

—¿Orden de buscarme? —repitió Kaldoon con intención.

—Así es —confirmó ella, mirándole a los ojos.

—Está bien. Vamos a…

El timbre de la puerta sonó de pronto, cortando en seco las palabras de Kaldoon.

Movió la mano, para indicar a la joven que se apartase a un lado. Nelly obedeció enseguida.

Kaldoon sacó de nuevo la pistola paralizante. Se acercó a la puerta y puso la pantalla televisora en funcionamiento.

Frunció el ceño. El espacio frontero a la puerta estaba desierto.

La instalación de aquella mira televisora era cosa suya. Disponía de mandos que orientaban el objetivo de la cámara a voluntad.

Exploró el pasillo. También se hallaba desierto.

—Bien, vamos a ver —dijo, abriendo la puerta.

Entonces vio un sobre de gran tamaño y bastante grueso, caído en el umbral. Lo recogió y cerró de nuevo con aire preocupado.

—¿Qué es? —preguntó Nelly, sintiendo curiosidad.

—No lo sé. Al tacto parece contener fotografías, pero…

Con gesto repentino, rasgó el sobre. Cuatro grandes fotografías cayeron al suelo. Dos quedaron aún dentro del sobre.

Atónito, Kaldoon examinó todas las fotografías.

Cada una de ellas correspondía al jefe Dadzeus y a los cuatro agentes que habían sostenido con él la entrevista tres días antes. La sexta era una vista conjunta de la reunión.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Nelly.

Kaldoon no contestó de momento.

Sentíase aterrado. Si el misterioso sujeto lograba penetrar tan fácilmente en el interior de la sede de la
P. U. S.,
¿de qué poderes tan fabulosos no disponía?

Al cabo de unos momentos, logró rehacerse. Miró el interior del sobre y halló en él una cuartilla, que extrajo.

El papel contenía un mensaje escrito a máquina. Su contenido era altamente significante:

La
P. U. S.

no podrá hacer nada contra mí.

Ésta es una prueba de mi poderío. Como pueden apreciar, estoy en condiciones de llegar hasta los más recónditos lugares.

Ésta es mi primera y última advertencia Abandonen el caso, o la

P. U. S.

dejará de existir.

No había más, ni fecha, ni firma ni cualquier otro indicio que pudiera proporcionar el menor rastro acerca de la identidad del hombre que había redactado el amenazador mensaje.

Y era evidente que estaba en condiciones de llevar a cabo su amenaza, ya que conocía a los hombres encargados de perseguirle.

Después de leer la carta, Kaldoon se sintió muy deprimido.

CAPÍTULO III

Entraron en la cafetería.

Era ya cerca de las doce de la noche. La concurrencia había disminuido de modo considerable.

—Indíqueme la mesa donde estuvo tomando café —dijo.

Nelly vaciló unos momentos. Al fin, señaló una.

—Ahí, junto a la ventana.

—Muy bien.

Kaldoon la tomó por el brazo y la condujo hasta la mesa. Se sentaron frente a frente y esperaron a que viniese la camarera.

—Dos tazas de café, por favor —pidió el joven.

—Al momento, señor.

La camarera se alejó. Kaldoon preguntó:

—¿Sabe usted si Tukhamov era cliente asiduo de este local?

—No tengo la menor idea —repuso Nelly—. Era la primera vez que le veía.

—En cambio, él parecía conocerla a usted.

—Así creo yo. Y lo más curioso del caso es que no sentí el menor recelo cuando me hablaba.

—Debe de ser un sujeto de dotes sumamente persuasivas —comentó Kaldoon a media voz.

La camarera trajo el café. Kaldoon le puso en la mano un billete de diez «garants», la moneda universal.

Kaldoon sonrió.

—Pago el trabajo de responder a unas preguntas —dijo.

—Bien, hable —la camarera sonrió también.

—Estamos buscando a un individuo llamado Tukhamov.

—No recuerdo ese nombre, señor.

—Estuvo aquí hoy, en esta misma mesa, alrededor de las cinco y

media de la tarde.

La camarera sacudió la cabeza.

—Lo siento, señor. Hoy ha venido demasiada gente… Créame que me gustaría complacerle. ¿Es usted policía? —preguntó de súbito.

—No. Es que, verá, buscamos a ese hombre porque es el padre de esta chica tan linda que tengo al lado, para que nos de su consentimiento y podamos casarnos.

Nelly se puso colorada como una guinda. La camarera sonrió.

—Lo siento —repitió—. Y gracias por la propina tan generosa.

Kaldoon miró a la joven.

—Hemos fracasado —dijo.

—Bien —habló Nelly—, si yo utilicé un medio para encontrar su apartamiento, y lo conseguí, ¿por qué no emplea usted el mismo?

Kaldoon se dio una palmada en la frente.

—¡Bruto de mí! —dijo—. Espéreme.

Se levantó y buscó las cabinas visofónicas. Entró en una y consultó el indicador.

Momentos después, regresaba junto a Nelly.

—No hay ningún Tukhamov registrado como abonado al servicio visofónico —manifestó.

—Es una lástima, Pedro —dijo ella.

Kaldoon sacó cigarrillos y le ofreció uno. Luego encendió un fósforo.

Nelly aspiró el humo de su cigarrillo. Kaldoon fue a encender el suyo, pero entonces se dio cuenta de algo extraño.

Le pareció ver unas letras en la pulida superficie de la mesa. Las letras desaparecieron de pronto; había sido una visión fugacísima, de una fracción de segundo.

No había mantel en la mesa, sino tapetitos individuales, que se renovaban con cada cliente. Las letras habían aparecido al lado del suyo.

La llama le quemó los dedos. Lanzó un gruñido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nelly.

—Aguarde un momento, por favor.

Encendió otro fósforo y movió la mano ligeramente a derecha e izquierda. Según hacía oscilar la pequeña llama, las letras aparecían y desaparecían.

Kaldoon sonrió satisfecho.

—Ese Tukhamov es una excelente persona —dijo—. Aquí tenemos su dirección.

—¿Cómo? —Respingó Nelly.

—Mírelo, está bien claro: Vía Noventa y seis, número 9887, séptimo piso, apartamiento LN.

—¿Es posible que Tukhamov haya podido dejar su dirección? —exclamó Nelly, muy sorprendida.

—Sí, sencillamente, mojó el dedo en algún líquido, tal vez en el café, y escribió estas letras sobre la mesa Sólo se ven si una luz que no sea la del local incide sobre ellas desde determinado ángulo.

Nelly estaba pasmada de asombro.

—Pero ¿cómo pudo hacer tal cosa? —preguntó—. ¿No podía habérmelo dicho y ahorrarse semejante trabajo… y evitar así la oportunidad de que no hallásemos su dirección?

Kaldoon reflexionó unos momentos.

Las palabras de Nelly eran de una lógica aplastante. De no habérsele ocurrido encender los cigarrillos, no habría reparado en aquel mensaje tan poco visible.

De repente se le ocurrió una idea que le hizo estremecerse.

—Nelly, cuando usted y Tukhamov estuvieron juntos, ¿salieron también juntos de la cafetería?

—No. Yo me marché primero. Todas las mesas estaban llenas. En la mía quedaba un sitio libre y él me pidió permiso para sentarse. Se lo concedí y…

—De modo que cuando se marchó, usted lo dejó solo.

—Sí.

Nelly observó que el semblante de Kaldoon se cubría de sombras.

—Por favor, ¿qué ocurre? —preguntó con ansiedad.

—Debemos irnos —contestó él—. En el acto. Si Tukhamov dejó aquí su dirección, es porque pensó: primero, que yo vendría a investigar. Y segundo, se dio cuenta de que era observado. Hemos de darnos prisa… en confianza, Nelly, temo lo peor.

La joven tomó su bolso. De pronto, ambos notaron una repentina elevación de la temperatura.

Kaldoon volvió la cabeza hacia el cristal de la ventana. La frente se le cubrió de gotas de sudor.

El cristal empezaba a enrojecer.

—¡Al suelo, Nelly! —gritó—. ¡Pronto!

Ella obedeció en el acto. Un segundo después, un rayo de intolerable calor atravesaba la ventana, fundía un ancho círculo del vidrio y pegaba fuego a la mesa.

—¡Arrástrese! —ordenó Kaldoon.

Se separaron de la ventana. De pronto, sonó un espantoso alarido.

Una bandeja llena de cacharros cayó al suelo con tremendo estrépito. Kaldoon volvió la cabeza hacia el lugar donde había sonado el alarido.

El haz de rayos térmicos había alcanzado de lleno a la camarera, abrasándola viva. Su grito de horror duró apenas una fracción de segundo.

Cayó al suelo, convertida en una masa de carne humeante y ennegrecida. Los pocos clientes que había en aquellos momentos en la cafetería, escapaban como locos, huyendo de los terroríficos efectos de aquel arma devastadora.

Algunos cometieron el error de dirigirse hacia la puerta. Una salva de fuego a miles de grados de temperatura les carbonizó en contados instantes.

Las descargas térmicas continuaban barriendo el local. Era evidente que a los asesinos no les importaba que murieran cien personas, con tal de matar al agente de la
P. U. S.

Los gruesos muros del edificio, sin embargo, resistían bien las descargas térmicas. Era necesario mantener el rayo sobre un mismo sitio durante bastante tiempo, antes de que el cemento empezara a fundirse.

Por dicha razón, disparaban a través de las ventanas. Kaldoon aprovechó la circunstancia y se situó junto a una de ellas, cuyo cristal había desaparecido casi por completo.

Frente al local, a unos diez o doce metros de distancia, había un helicóptero a reacción, del último modelo, capaz de ascender verticalmente a cientos de kilómetros por hora. Las escotillas del aparato estaban abiertas y por ellas, dos sujetos, armados con sendos cañones térmicos con gran potencia, continuaban destrozando en local.

Kaldoon metió la mano dentro del blusón. En el cinto llevaba algunos compartimientos con parte de los elementos que un agente de la
P. U. S.
podía necesitar.

Sacó una bolita que no tenía más de dos centímetros de grosor, rematada en lo que parecía ser un alfiler de cabeza gruesa hundida en ella. Tiró del alfiler y contó hasta tres.

Inmediatamente, arrojó la bolita hacia el helicóptero a través de la ventana. Casi con el mismo gesto se tendió en el suelo y se cubrió la cabeza con los brazos.

El suelo tembló bruscamente. Sonó una violentísima explosión y se vio brillar un deslumbrador fogonazo. Todos los cristales que quedaban aún volaron por los aires a consecuencia de los formidables efectos de la onda explosiva.

Kaldoon se incorporó y miró hacia la avenida.

El helicóptero estaba literalmente destrozado, convertido en una ruina de metal humeante. De sus ocupantes apenas si se veían algunos restos sanguinolentos.

La granada debía de haber penetrado por una de las escotillas abiertas, haciendo explosión directamente en el interior del aparato. Todos sus tripulantes habían muerto en el acto.

Miró en dirección a Nelly. La joven se sentaba en el suelo en aquel momento, muy pálida y asustada.

—¿Está bien? —preguntó.

Nelly movió la cabeza con gesto afirmativo. Kaldoon se inclinó hacia ella y la ayudó a incorporarse.

La joven se estremeció al ver los estragos que las descargas térmicas habían causado en el local. Al menos dos docenas de personas habían muerto abrasadas, sin posibilidad de defensa.

—Tenemos que irnos —dijo él.

Una sirena aulló a lo lejos. En la calle reinaba aún una confusión espantosa.

—Viene la policía —murmuró Nelly.

—Nosotros nos iremos por la parte posterior —decretó Kaldoon —. Sígame.

En aquel momento, eran los únicos ocupantes del establecimiento. Todos los demás, servicio incluido, habían muerto

o se habían dado a la fuga, aterrados por la violencia de un ataque cuyos motivos no parecían comprender.

Kaldoon y Nelly atravesaron el establecimiento y llegaron a las cocinas. De allí salieron a un patio trasero y de éste a la avenida paralela a la otra.

Algunos corrían todavía por la acera, sin saber qué sucedía. Kaldoon y la joven caminaron rápidamente, marchando en dirección opuesta.

—¿Cómo llegaremos a la Vía Noventa y siete? —preguntó ella.

—Usaremos una cinta de transporte rápido —respondió Kaldoon.

A poco, encontraron una boca de acceso al subterráneo. Descendieron y se situaron junto a las cintas que se movían sin cesar. Kaldoon tomó la mano de la joven y pasó a la cinta de siete kilómetros a la hora.

Fueron pasando de cinta en cinta, cuyas velocidades aumentaban gradualmente, hasta llegar a la de sesenta kilómetros horarios. Ésta era muy estrecha y se debían colocar uno tras otro, a fin de facilitar el transporte y una mayor protección contra los efectos del viento por la marcha, no obstante, los paravientos colocados de trecho en trecho en la cinta.

Un rumor sordo reinaba en el interior del subterráneo, brillantemente iluminado. Veinte minutos después, grandes rótulos luminosos anunciaron la proximidad de la Vía Noventa y Siete.

Empezaron a cambiar de cinta, hasta llegar al andén. Una escalera mecánica les condujo a la superficie.

Kaldoon consultó los números de las casas más próximas.

—Estamos a cuatro manzanas —dijo.

Siguieron a pie. Nelly tenía aún en sus retinas todo el horror de aquel tremendo suceso.

—Trataban de matamos —murmuró.

—Sí —respondió Kaldoon.

—Pero ¿quién ha podido dar una orden semejante? —Se estremeció la joven—. ¿Cómo pueden existir seres tan desalmados, a quienes no les importa en absoluto segar la vida de decenas de sus semejantes?

—Pertenecemos a la raza humana, no lo olvide —dijo Kaldoon, sonriendo con amargura—. El hombre es la fiera peor del planeta,

con la agravante de su inteligencia. Un animal mata por sobrevivir, pero si un león, no matará veinte cabritos, sino uno o dos, lo justo para su alimento.

—Desde luego —convino Nelly.

Poco después, llegaban a la casa de Tukhamov.

—Aquí es —dijo Kaldoon, después de comprobar la numeración.

Entraron en el edificio y se dirigieron al ascensor. De repente, Kaldoon cogió el brazo de la joven y la apartó, cuando ya iba a entrar en el aparato.

—¿Por qué hace eso? —preguntó.

—Espere un momento y lo verá.

Kaldoon cerró las puertas del ascensor y lo envié al último piso. La aguja indicadora se movió con normalidad.

De pronto, cuando señalaba el piso sexto, empezó a girar en sentido inverso a toda velocidad.

—¡Apártese! —gritó, Kaldoon, cogiendo a Nelly por el brazo.

Se oyó un sordo zumbido. Luego un tremendo estrépito.

—El ascensor se ha estrellado en los sótanos —dijo él—. Tendremos que utilizar la escalera.

—¡Dios mío! —exclamó Nelly—. ¿Cómo lo ha sabido? —preguntó.

—No lo sabía. Simplemente, tomé una precaución, eso es todo.

Se oyeron algunos gritos. El conserje salió, adormilado todavía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—El ascensor. Se han roto los cables y está en el fondo —respondió Kaldoon—. Pero no había nadie dentro, así que no se han producido víctimas.

El hombre le miró atónito. Sin hacer caso de su asombro, Kaldoon se volvió hacia la joven.

—Después de esto, esperar que Tukhamov esté vivo, sería de un optimismo absurdo —dijo.

CAPÍTULO IV

Leonti Tukhamov estaba muerto.

El asesino le había disparado una salva térmica de baja temperatura, que había sido suficiente, sin embargo, para cortar el hilo de su vida. El chorro de fuego, lanzado a dos pasos, le había abrasado el corazón.

Tukhamov estaba caído en el centro de la estancia. Sobre su pecho se veía un círculo negro, única señal de la descarga que había cortado el hilo de su vida.

Nelly volvió los ojos para no presenciar el poco agradable espectáculo.

—Es horrible, horrible… —musitó.

Kaldoon estaba más acostumbrado a escenas semejantes. Se arrodilló al lado del cadáver y le examinó con atención.

—No lleva nada encima que pueda darnos un indicio —murmuró al cabo de unos minutos.

Se puso en pie y miró en torno suyo. Todo estaba en orden aparente, salvo algunos cajones de un armario próximo, que aparecían abiertos.

Kaldoon examinó los cajones. Si habían contenido algunos papeles, ya no estaban allí.

Una pequeña biblioteca que había en un rincón del saloncito se hallaba también vacía de libros.

—Se han llevado hasta el menor trozo de papel —manifestó al cabo—. Temerosos de que Tukhamov hubiera dejado alguna pista escrita, no han querido correr riesgos.

Nelly asintió. La hipótesis del joven era correcta.

Kaldoon examinó las otras habitaciones. Tampoco encontró el menor rastro de papel.

—Es imposible que Tukhamov no haya dejado una pista tras él —murmuró.

—Sí, pero ¿cómo no habló con usted?

—Debía sentirse vigilado y tal vez presintió, incluso, que iba a morir. Por eso la envió a usted.

—Es posible que tenga razón, Pedro.

—No ha podido ocurrir de otra forma. —De pronto, Kaldoon se acordó del mensaje que Tukhamov había dejado en la mesa de la cafetería—. Espere, Nelly.

Se desabrochó el blusón. Debajo del mismo llevaba una especie de chaleco, con algunos compartimientos muy curiosos.

Sacó unas gafas completamente negras y una linterna de unos veinte centímetros de longitud por dos y medio de grueso. Se puso las gafas y presionó el botón de contacto de la linterna.

Nelly no vio nada. La linterna era de rayos ultravioleta.

Kaldoon empezó a pasear el haz de rayos por las paredes, moviendo la linterna con cuidado, a fin de no dejar un centímetro de muro sin explorar. De pronto, unas letras brillaron ante sus pupilas.

—¡Ah, ya hemos dado con ello! —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Nelly.

Kaldoon le entregó las gafas y la linterna y le instruyó en su manejo.

—Mire. ¿Qué es lo que ve?

—¡Cielos! —exclamó ella. Y casi en el acto, agregó—: Pero es un mensaje ininteligible.

—A primera vista, claro. Sin embargo, ya encontraremos quien nos lo descifre. ¿Quiere usted dictármelo y yo lo anotaré?

—Por supuesto.

Kaldoon sacó una libreta y un lápiz y empezó a escribir la serie de letras y cifras que Tukhamov había dejado grabadas en la pared, con escritura fluorescente, que sólo podía ser leída mediante el empleo de una lámpara de rayos ultravioleta. Al cabo de un minuto, Nelly dio por terminada la lectura.

—Ahora lo leeré yo y usted comprobará si mi anotación ha sido correcta —dijo el joven—. Se trata de un mensaje en clave y el menor error en uno de sus signos podría falsear su contenido.

La anotación era correcta. Al terminar, Nelly dijo:

—Pedro, esto no es un mensaje en sentido estricto.
—¿Cómo?
—Se trata de una fórmula química o yo soy una tonta de remate.
Kaldoon tomó de nuevo la agenda. Una honda arruga se produjo en su frente en el acto.
—Es cierto —manifestó después de unos momentos de silencio —. Pero no importa; tenemos científicos que nos descifrarán el significado de la fórmula.
—¿Para qué servirá?
—Ya nos lo dirán. Mientras tanto, lo mejor será que nos marchemos.
Kaldoon se acercó a la puerta y examinó el pasillo.
—El terreno está despejado —dijo.
Momentos después, se hallaban en la calle. Tuvieron suerte esta vez y pudieron encontrar un helitaxi, que en pocos minutos les llevó a la terraza del edificio donde vivía el joven.
Cuando entraron en el apartamiento, Nelly observó que había desaparecido el cadáver.
—Se lo llevaron unos amigos míos —dijo él.
Les había avisado en la cafetería, cuando fue a consultar la guía para saber el domicilio de Tukhamov.
—La noche ha sido muy agitada —manifestó Kaldoon—. Usted estará rendida.
—Y muy nerviosa —sonrió Nelly.
—Procure relajar su mente y así dormirá bien.
Kaldoon entró en su dormitorio y salió con un par de mantas en las manos.
—Puede ocupar mi cama. Yo dormiré en el diván. Por la mañana iremos a ver a un amigo.
—¿Quién es?
—No se preocupe —sonrió Kaldoon—. Ya lo verá en el momento oportuno.
Momentos después, Kaldoon se tendía en el diván, cubierto con las mantas.
Reflexionó unos momentos, tratando de hallar una explicación congruente para la serie de acontecimientos que se habían producido desde que se tropezó con Nelly.
Sólo había una respuesta lógica: el chantajista no quería ser

encontrado… ¡y no le importaban los medios con tal de conseguir sus propósitos!

Momentos más tarde, dormía profundamente.

* * *

El jefe Dadzeus contempló a la joven con cara de asombro.

—¡La encontró, Kaldoon! —exclamó.

—Digamos mejor que fue ella la que me encontró a mí, jefe —contestó el joven—. Siéntese, Nelly, ¿quiere?

Ella obedeció. Dadzeus la observaba atentamente.

—Hable, Kaldoon —pidió, sin mirarle.

Kaldoon realizó un sucinto informe de cuanto había ocurrido a partir del momento en que halló a Nelly en su casa. Dadzeus le escuchó sin interrumpirle una sola vez.

Al terminar, Kaldoon puso sobre la mesa las fotografías y la nota amenazadora. Dadzeus era un sujeto poco dado a impresionarse por cualquier cosa, pero en la presente ocasión tenía el rostro terroso.

—Esto significa el fin de la organización —murmuró.

—Eso parece —convino el joven—. O accedemos a las proposiciones de ese rufián o nos destruye. La decisión está en sus manos, jefe.

Dadzeus se puso en pie y dio unos cuantos pasos por la habitación. Estaba visiblemente agitado, como pocas veces le había visto el joven.

—No —dijo al cabo con gesto ceñudo—, no podemos ceder ante las amenazas de un maniático, porque no es más que un maniático… por mucha fuerza que posea. Nosotros también disponemos de medios para combatirle… ¡y los emplearemos a fondo!

—Sí, pero ignoramos quién es y dónde vive.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Dadzeus tomó la fotografía en la cual estaban retratados los cinco hombres y procuró situarse en el lugar desde donde, en apariencia, había sido impresionada.

Kaldoon y Nelly le vieron hacer. El jefe, al cabo de unos momentos, se volvió hacia la pared que tenía a sus espaldas.

—Haré demoler este muro y examinar sus partículas —dijo—. Es

imposible que alguien haya podido colocar una cámara secreta en este punto. Cualquiera diría que nos han estado contemplando por televisión.

—Como si ese televisor que tiene usted al lado fuese una cámara receptora, ¿no?

Dadzeus se volvió hacia el aparato.

—¡Pero sólo es un receptor de imágenes! —exclamó.

—Haga que lo examinen —apuntó Kaldoon—. Tal vez tenga en su interior una microcámara.

Dadzeus movió la cabeza afirmativamente.

—Lo haré tan pronto me sea posible. Y ahora mismo enviaré esa fórmula química al doctor Obeth. Él la analizará, compondrá la sustancia de que se trata y nos dirá sus efectos y resultados.

—Muy bien, jefe. ¿Podré llamarle mañana?

—Desde luego.

—¿Y… qué hay de la señorita Shomo?

Dadzeus volvió los ojos hacia Nelly.

—La dejo a su cargo, Kaldoon. Lo siento, señorita, pero debe comprenderlo.

—Sí, señor Dadzeus. Es decir, me esforzaré por comprenderlo —contestó ella.

El jefe miró a Kaldoon.

—Usted dijo antes que ella padecía algunas lagunas en su memoria.

—Eso me manifestó anoche —respondió Kaldoon.

—Llévela al doctor Pennycut. Dígale que va en mi nombre. Pennycut le hará un examen completísimo y que me ahorquen si no consigue llenar esas lagunas de su memoria.

Dadzeus escribió unas líneas en un papel y se lo entregó al joven.

—Ésa es su dirección. ¿Necesita algo más, Kaldoon?

—No, señor, muchas gracias.

—Bien, llámeme mañana. Tal vez pueda decirle algo respecto a la fórmula. Y en cuanto al televisor… —Miró al aparato de reojo—. Bueno, yo mismo lo examinaré.

—Sí, señor. ¿Vamos, Nelly?

Salieron del despacho y descendieron a la calle.

—Creo que nos convendría comer un poco antes de ir al

psiquiatra —sugirió el joven.

—No es mala idea —accedió Nelly.

Minutos más tarde, se hallaban sentados frente a frente en un restaurante. La camarera tomó nota del pedido y se retiró.

—No entiendo, Pedro —dijo ella de pronto—. ¿Qué significan las letras

P. U. S.?

¿Quién es Dadzeus? Parece un hombre con autoridad…

—La tiene. Es el jefe de la Policía Ultrasecreta.

Nelly le miró atónita.

—Nunca había oído una cosa semejante —dijo.

—En realidad, son poquísimas las personas que conocen su existencia. De no hallarse implicada en este caso, tampoco se lo habría dicho. Es obvio que debe guardar la más absoluta reserva sobre lo que estamos haciendo.

—No hace falta que me lo dijera. Pero ¿por qué me han complicado a mí en este asunto?

—Posiblemente tiene algo que ver con sus fallos de memoria.

Nelly se cogió la cabeza con ambas manos.

—De repente —murmuró con voz sorda—, me encontré en la ciudad. Pero no sé lo que he hecho durante los seis meses precedentes. Ignoro en absoluto qué hice ni dónde estaba…

—El doctor Pennycut le devolverá la memoria —afirmó Kaldoon.

La camarera vino con el primer plato. Empezaron a comer.

Al cabo de unos momentos, ella dijo:

—Pedro, una de las cosas que más me preocupan es la fórmula química.

—¿Por qué? El profesor Obeth es un reputado científico y no tardará en decirnos para qué sirve.

—Sí, desde luego, pero ¿por qué la escribió Tukhamov primero?

—No entiendo —dijo Kaldoon.

—Verá —respondió Nelly—. En mi opinión, lo más lógico hubiera sido que Tukhamov hubiese escrito sobre la pared un mensaje inteligible: «Vayan a tal sitio y busquen a Fulano», o bien: «El… hombre ha descubierto una sustancia que sirve para tal o cual cosa y puede ser peligrosísima. Su fórmula es…». Pero no; recuerde que en la pared sólo había escritas aquellas cifras y letras, que para

nosotros parecen chino.

Kaldoon se quedó muy preocupado durante unos momentos.

—No hay más que una explicación posible —dijo al cabo.

—¿Y es…?

—Tukhamov presentía la inminencia de su muerte. Debió pensar que quizá no tendría tiempo de escribir un mensaje completo y empezó por la fórmula, a fin de ganar tiempo. Ya no pudo seguir escribiendo; el asesino entró en su apartamiento y le mató.

Nelly movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Sí, así tuvo que ser —convino.

Media hora más tarde, terminaron de comer.

—Ahora nos vamos a ver al psiquíatra —dijo Kaldoon, poniendo unos billetes sobre la mesa.

Salieron del restaurante y tomaron un helitaxi. Una hora más tarde, entraban en el consultorio del doctor Pennycut.

CAPÍTULO V

El doctor Pennycut había sido avisado por el jefe Dadzeus y había cancelado todas sus visitas de aquella tarde.

Kaldoon estaba solo en el consultorio. El examen de Nelly duraba ya más de tres horas.

Encendió su enésimo cigarrillo y dio otro nuevo paseo.

—Cualquiera diría que le ha sacado los sesos y los está examinando al microscopio —masculló.

Pennycut había sugerido la conveniencia de hacer el examen a solas, a fin de no turbar a Nelly. La petición, parecía lógica y el joven no había tenido otro remedio que acceder.

Pero la impaciencia le devoraba. ¿Dónde había estado Nelly aquellos seis meses?

La puerta del despacho se abrió de pronto. Kaldoon detuvo sus paseos.

Pennycut salió, sosteniendo a Nelly por un brazo. La joven estaba muy pálida y parecía desmadejadísima.

—La sesión ha sido un poco dura —explicó el psiquíatra—. Ahora le daré algo que la conforte.

Kaldoon tomó a Nelly por la cintura y la condujo hasta el diván, en donde hizo que se sentara. La joven echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Respiraba lenta y profundamente, quizá por consejo de Pennycut. Kaldoon comprendió que eran ejercicios de relajación física y mental.

Pennycut volvió a los pocos momentos con una copa en la mano.

—Unos sorbos de *brandy* le sentarán estupendamente —explicó con una sonrisa—. En dosis moderadas, es uno de los mejores remedios que existen.

Nelly tomó un poco de licor. El tono natural de sus mejillas reapareció poco a poco.

—¿Y bien, doctor? —preguntó Kaldoon cuando vio que Nelly daba señales de mejorar.

Pennycut tomó una silla y se sentó frente a ambos.

—El examen ha sido todo lo exhaustivo que he podido, dadas las circunstancias —declaró—. Llegué a sospechar que había sido objeto de una lobotomía parcial, pero he examinado el cráneo con todo detenimiento y no he encontrado la menor cicatriz que pudiese delatar una intervención quirúrgica. Por tanto, en su caso sólo se han podido emplear drogas o hipnosis.

—¿Para qué? —preguntó Kaldoon.

—Para hacer que olvide algo que ha visto y que no debe repetir.

Sobrevino un momento de silencio.

—¿Cuál es su impresión, doctor? —quiso saber Kaldoon.

—Drogas, en primer lugar. En el antebrazo izquierdo tiene aún la señal, muy tenue pero evidente, del pinchazo de una jeringuilla hipodérmica. Un método antiguo, aunque efectivo. No obstante, me inclino por sospechar una acción combinada de drogas e hipnosis.

—Así no hay fallos posibles, ¿eh?

—Exactamente —convino el psiquíatra—. Sin embargo, también nosotros disponemos de algunos medios para averiguar la verdad de las cosas… siquiera haya sido parcialmente.

—¿Qué es lo que trata de decir, doctor?

—La señorita Shomo ha estado, durante seis meses, es decir, el período de tiempo del que ella no recuerda ninguno de sus actos, en un lugar cuyo emplazamiento ignoramos. Tras grandes esfuerzos, conseguí que me hablara de una gran caverna, muchos hombres y mujeres, luces brillantes, temperatura agradable y algo así como muchos aparatos de observación, medida y control. Es todo cuanto he podido arrancarle… y perdonen la expresión —concluyó Pennycut sonriendo.

—Una gran caverna… —murmuró Kaldoon pensativamente—. Por la descripción que ha hecho usted, parece como si se tratase de un puesto de mando subterráneo, como los que usan los Estados Mayores para sobrevivir en caso de conflagración.

—Exactamente, Pero no tenemos la menor idea de dónde está. Mis esfuerzos para averiguarlo se estrellaron contra el muro de la

prohibición que alguien ha levantado en la mente de la señorita Shomo.

—El chantajista —dijo Kaldoon.

—¿Decía…? —preguntó Pennycut.

—No, nada, doctor —contestó el joven rápidamente—. ¿Eso es todo?

—En efecto. Nada más, por hoy. Conviene que ahora se la lleve y la distraiga durante unos días, tres o cuatro. Vuelvan entonces y la someteré a una nueva sesión. Tal vez esa prohibición se debilite y podamos averiguar algo más interesante. Pero avísenme con tiempo.

—Lo haremos, doctor —prometió Kaldoon—. ¿Vamos, Nelly?

La joven asintió. Kaldoon la tomó del brazo y se dirigió hacia la salida.

—Ya lo sabe —insistió el psiquiatra—; le conviene distraerse.

—Tal como están las cosas —gruñó el joven—, me parece que la tendremos de sobra.

Salieron a la calle.

—¿Cómo se encuentra, Nelly?

—Mejor —respondió ella con ligera sonrisa—. Pero he pasado un rato muy amargo.

—Lo comprendo. Sin embargo, era necesario. Bien, ahora vamos a procurar olvidar lo que ha pasado en casa del psiquiatra y trataremos de divertirnos un poco. Conozco un lugar, en el que se cena estupendamente y con unas magníficas atracciones. ¿Qué le parece?

Nelly se esforzó por sonreír.

—Lo que usted diga, Pedro.

Media hora más tarde, entraban en un local de fachada insignificante, emplazado en uno de los barrios más antiguos de la ciudad.

El aspecto externo no coincidía con el interior. La decoración era discreta, pero lujosa, y la clientela llenaba casi por completo el local.

Un atildado maestresala acudió a recibirles Kaldoon deslizó en su mano un billete de cien «garants» y el individuo se deshizo en reverencias, prometiéndoles una cena excelente en el mejor sitio del local.

—Síganme por favor.

Kaldoon tomó el brazo de Nelly y caminó tras el maestresala. De pronto, al pasar junto a una mesa, divisó un rostro que le pareció conocido.

—Perdone un momento, Nelly.

Se acercó a la mesa, que estaba ocupada únicamente por una hermosa mujer de unos treinta y cinco años.

—¿Irina Darcy? —preguntó.

La mujer levantó el rostro. Una expresión de alegría brilló en sus ojos.

—¡Pedro Kaldoon! —exclamó—. ¡Qué alegría volver a verte!

—Digo lo mismo, Irina —sonrió el joven—. Estás tan guapa como cuando estudiábamos juntos. ¿Te acuerdas?

Ella se ruborizó.

—Ha pasado tanto tiempo desde entonces… —suspiró—. Pero observo que no vienes solo.

—Es cierto —admitió Kaldoon—. Irina, te presento a la señorita Nelly Shomo. Nelly, Irina Darcy, una antigua condiscípula…

—Ahora me apellido Wahann —sonrió Irina—. Me casé, Pedro.

—Te felicito, Irina. Tu marido es un hombre de suerte.

—Yo también lo soy. Él me quiere mucho y… Perdón, señorita, no le hice caso, charlando con este viejo amigo.

—No tiene importancia, señora —sonrió Nelly.

—¿Por qué no se sientan los dos conmigo? —invitó la dama—. Estoy aguardando a Henry…, quiero decir, a mi esposo. El maestresala ordenará que pongan dos cubiertos más.

El maestresala se inclinó respetuosamente.

—Al momento, señora —accedió.

Kaldoon acomodó a Nelly y luego se sentó él. Un camarero trajo la carta y eligieron la cena.

—Te perdí el rastro apenas dejé la Universidad —dijo Kaldoon a poco.

—Sí —respondió Irina Wahann—. Hice un viaje por Europa, y luego, a la vuelta, conocí a Henry y me casé. Tenemos tres hijos, ¿sabes?

—Debes ser muy feliz. Me alegro.

Una sombra de melancolía apareció de pronto en el hermoso rostro de Irina.

—Hasta hace poco, si —contestó—. Pero de repente…

El camarero se acercó y empezó a servir. Esperaron a que se hubiese alejado para continuar la conversación.

—¿Desavenencias familiares? —preguntó Kaldoon.

—Oh, no, en absoluto. Henry y yo seguimos tan enamorados como el primer día. Son otras cosas las que turban nuestra felicidad… cosas materiales, al fin y al cabo, pero que están influyendo en nuestra existencia.

—Me gustaría ayudarte —se ofreció el joven.

Irina sacudió la cabeza.

—No creo que puedas hacer nada, pero te lo agradezco igual, Pedro. —Volvió los ojos hacia Nelly—. Fue el mejor amigo que tuve en mi época de estudios, señorita. Bueno, recto y leal. Es todo un hombre, se lo aseguro.

Nelly se sonrojó un poco.

—Le conozco hace muy poco —respondió—, pero estoy segura de que dice la verdad.

—Entre las dos van a lograr que me sienta incómodo —sonrió Kaldoon.

—Es la verdad —dijo Irina—. Y, dime, ¿a qué te dedicas ahora? Supongo que alguna utilidad sacarías de tu título de abogado, ¿no?

Kaldoon vaciló un momento.

—En cierto modo —respondió—. Soy… investigador.

—Investigador —repitió la dama pensativamente— sí, tal vez puedas ayudarme.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no me lo cuentas de una vez?

—Se trata de un chantaje —declaró Irina.

—¡Un chantaje! —exclamó Nelly.

—En efecto. Y puede tener graves consecuencias para nosotros.

—¿Cuánto te pide el extorsionista? —preguntó Kaldoon.

—Diez millones de «garants».

El joven se quedó sin aliento.

—¡Es una suma fabulosa! —dijo, sin poder contenerse.

Irina sonrió con tristeza.

—¿A quién se lo dices? —contestó—. Lo malo es que no tenemos otro remedio que pagarla.

—¿Por qué? —Kaldoon adelantó el torso—. ¿Acaso te han amenazado con causar algún daño a tus hijos?

—No, no los ha mencionado para nada. Se trata… Bien, mi esposo es el presidente y director ejecutivo de una importante compañía que fabrica aparatos de alta precisión. Uno de los técnicos, ingeniero de elevadas dotes, inventó un aparato que… bueno, no importa ahora qué clase de aparato es, sino los beneficios que la compañía podría obtener con sus patentes.

—Comprendo. Sigue —dijo Kaldoon.

—Cuando Henry comprendió la importancia del invento, montó un laboratorio especial para el ingeniero. Era un edificio aislado, cuidadosamente custodiado por vigilantes de toda confianza y al cual no tenían acceso salvo dos o tres personas, más, igualmente fieles, aparte de mi marido y el ingeniero. El aparato quedó terminado y las pruebas dieron un resultado altamente satisfactorio. Ya sólo faltaba, por tanto, iniciar su producción en serie, después de haber registrado las patentes correspondientes.

—¿Y qué pasó?

—De repente, cuando íbamos a trazar los planes para el montaje de la factoría y mientras nuestros abogados daban los primeros pasos para el registro de las patentes, recibimos una carta, con una copia exacta de todos los planos y un mensaje en el que se nos indicaba que debíamos pagar los diez millones por la cesión de la patente, que ya estaba registrada a nombre de otra persona… la carta no la menciona, por supuesto. Puedes imaginarte cuál fue nuestra sorpresa cuando recibimos la carta y las copias de los planos.

Kaldoon se quedó parado unos instantes.

—¿Estás segura de que alguno de los hombres que tenían acceso al laboratorio no os traicionó?

Irina movió la cabeza negativamente.

—Son de toda confianza, ya te lo he dicho. Además, no consigo explicarme cómo pudieron reproducir los planos, cuando ninguno entraba con cámara fotográfica en el laboratorio. Se sometían voluntariamente a un registro por los vigilantes, ¿comprendes?

—¿Y los vigilantes? —Kaldoon citó una frase latina—: ¿*Qui custodiet ipsos custodios*? ¿Quién vigila a los vigilantes? —tradujo.

Irina sonrió.

—Henry se dejarla cortar una mano por cualquiera de ellos —respondió.

Kaldoon agitó la cabeza.

—¿Qué está haciendo tu marido ahora?

—Se halla en una reunión con el Consejo de Administración de la empresa… ¡Ah, míralo, ahí viene ya!

Un hombre se acercó a la mesa. Era bien parecido y contaba unos cuarenta años de edad.

Irina presentó a sus invitados. Henry Wahann saludó cortésmente a la pareja.

—Les estaba contando nuestras dificultades, Henry —explicó.

El rostro de Wahann aparecía cubierto de sombras.

—Son muchas y muy graves —dijo sin rodeos. Llegó el camarero, le encargó la minuta y luego añadió—: Me han obligado a dimitir como presidente de la compañía.

Irina exhaló un gemido.

—Creen que usted es el traidor —dijo Kaldoon.

Wahann asintió.

—En efecto —respondió—. He tratado de luchar contra ellos, pero se han mantenido en su decisión. Ha sido inútil que les dijera que igual tendrían que pagar los diez millones; incluso pedí que me dejaran pagarlos de mi propio pecunio…

Miró a su esposa con ternura.

—Prefiero quedarme arruinado antes que dejar que mi reputación quede empeñada, querida —dijo.

Ella puso una mano encima de la suya.

—Lo que tú hagas, estará bien hecho —sonrió a través de las lágrimas que inundaban sus bellos ojos.

—Vamos a ver, señor Wahann —terció Kaldoon—. Usted dice que puede pagar la suma pedida por el chantajista.

Wahann asintió:

—En efecto. Y estoy dispuesto a hacerlo para recuperar mi prestigio.

—¿Qué método de pago ha ideado el sujeto?

—Ingresar el cheque por los diez millones en la cuenta de un banco suizo.

—Usted no es el único —sonrió Kaldoon—. Y lo malo es que, por ahora, tampoco será el último.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Wahann, sorprendido.

—En estos momentos, no puedo contestarle, salvo que estoy investigando un caso similar. Pero es de muchísima mayor importancia.

Los esposos Wahann se quedaron atónitos.

—¿Es posible, Pedro? —preguntó Irina.

—Nelly está complicada en el asunto, aunque no por propia voluntad. Pero este encuentro ha resultado providencial. —Miró a Wahann—. El chantajista se ha anticipado a ustedes y registrado el invento como suyo.

—En efecto, así es.

—De modo que el invento es suyo y nadie puede construir un aparato igual, sin ser perseguido por la ley.

—Exactamente.

—Pero si usted no paga, él tendrá que desarrollar el invento, lo cual significa la inversión de una cantidad importantísima en la construcción de la factoría correspondiente…, sin hablar del trabajo que representa encontrar técnicos y obreros especializados.

—Es que si nos negamos a pagar, publicará todos los detalles del invento en las revistas técnicas, declarándolo libre. Entonces cualquiera podrá explotarlo sin pagar un céntimo por regalías.

—El sujeto es astuto, pero ha olvidado un detalle esencial —sonrió Kaldoon.

—¿Cuál? —preguntó Nelly.

—El registro de patentes, en el cual deben constar su nombre y domicilio. Por ahí podremos echarle el guante, diciéndolo con palabras poco finas —concluyó el joven.

Hubo un momento de silencio. De pronto, los ojos de Kaldoon captaron algo que le llenó de alarma.

—¡Cuidado! —advirtió en voz baja—. Creo que vamos a tener jaleo.

CAPÍTULO VI

Dos hombres de aspecto innocuo, en apariencia, acababan de entrar en el local. Parados en la entrada, escrutaban el interior del restaurante con mirada recelosa.

—No se muevan —ordenó Kaldoon en voz baja.

Y un segundo después, desaparecía de la mesa.

La pareja de individuos avanzó un paso. El maestresala se les acercó obsequiosamente.

Uno de los individuos le apartó con la mano. Empezó el descenso de los tres escalones que separaban el vestíbulo del restaurante propiamente dicho y su compañero le siguió en el acto.

Sortearon las mesas, dirigiéndose hacia la que ocupaban Nelly y los Wahann. De pronto, con gran sigilo, apenas sin ser visto, Kaldoon surgió detrás de la pareja.

Alargó ambos brazos y rozó sus cuellos.

Pareció que iba a ponerles la mano encima de los hombros, como para saludar a unos viejos amigos. Los individuos se pusieron rígidos un instante y un segundo después se desplomaban fulminados al suelo.

Algunos de los concurrentes se asustaron.

Kaldoon los tranquilizó.

—No es nada, señoras y caballeros. Tranquilícense, por favor.

El maestresala y algunos camareros acudían corriendo.

—Están bebidos —explicó Kaldoon—. Llévenlos a un cuarto reservado y enciérrenlos hasta que se les pase la borrachera.

El maestresala vio algo en los ojos del joven que le indicó la autoridad que éste poseía, sin necesidad de más palabras.

—Sí, señor, ahora mismo —dijo.

Los camareros cargaron con los cuerpos de los desvanecidos

sujetos. Inmediatamente, Kaldoon dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

Se asomó a la puerta con precaución. Parado frente al local, había un helicóptero ocupado por un solo individuo.

Kaldoon se acercó al aparato. El piloto le vio y se sobresaltó.

Inmediatamente, pisó el pedal de arranque y el aparato dio un salto en el aire. Kaldoon se movió con mayor rapidez todavía.

Corrió un par de pasos y saltó hacia el aparato, cuando éste apenas se había elevado un par de metros en el aire. El elegante portero del restaurante elevó la cabeza, con la boca abierta de par en par, atónito por aquella escena jamás contemplada.

Kaldoon vio que el suelo se alejaba rápidamente. Estaba suspendido de uno de los estribos del aparato y luchó por ganar la escotilla delantera.

Colocó ambas manos en el borde de la escotilla. El piloto del aparato aceleró.

Kaldoon se sintió fuertemente zarandeado por el viento desplazado por la marcha del helicóptero. Era evidente que el piloto quería deshacerse de él a toda costa, pero, con ambas manos ocupadas en el manejo del aparato, no podía desenvolverse con facilidad.

El joven advirtió que el suelo y las luces se veían cada vez más distantes. Era preciso hacer algo, antes de que su adversario pudiera conseguir sus propósitos.

Inspiró con fuerza y se sujetó con una sola mano. Con la otra, hurgó en el interior del blusón.

Cuando un agente de la
P. U. S.
se ponía en campaña, solía llevar consigo un arsenal de armas de todas clases, algunas de ellas ni siquiera conocidas de la gente. La bolita que extrajo era similar en todo a la granada que había lanzado el día anterior.

Pero sus efectos resultaron distintos. Una luz deslumbradora, como si un pequeño sol hubiera nacido de repente dentro del aparato, brotó apenas Kaldoon hubo tirado la bolita a través de la escotilla.

El resplandor fue intensísimo. Dado que el motor del aparato era totalmente silencioso, Kaldoon pudo oír unos gemidos ahogados del

piloto, cegado momentáneamente.

El helicóptero perdió altura. Seguro de que su adversario no podría contestarle, Kaldoon esperó a que se hubiese extinguido el fulgor, cosa que ocurrió a los diez segundos.

Flexionó los brazos, se izó a pulso y se introdujo dentro del aparato. El piloto, cegado todavía, gemía de dolor.

Kaldoon le atontó de un golpe. Luego lo arrancó de su asiento y lo arrojó a un rincón de la cabina. Acto seguido, aferró los controles.

Momentos después, el aparato tocaba tierra de nuevo frente al restaurante.

El piloto estaba dormido. Kaldoon le había narcotizado, siguiendo el mismo método que con sus dos compinches.

Se arregló un poco la ropa y entró de nuevo en el restaurante. Nelly y los esposos Wahann le aguardaban con ansiedad.

—Siento haberme demorado un poco —sonrió Kaldoon, sentándose de nuevo a la mesa—, pero estuve ocupado. Debemos irnos —añadió—. Irina, ¿quieres darme vuestra dirección?

—Por supuesto —contestó la dama.

Kaldoon se volvió hacia el esposo de su amiga.

—Amigo Wahann, vuelva a su casa tranquilo. No será fácil, pero yo solucionaré lo de ese chantajista. Ah, si quiere pagar, puede hacerlo; ya recuperaremos el dinero. De momento, lo interesante es que no se publique nada acerca de su invento.

—¿Se va a ocupar usted de este asunto?

—Ya trabajo en él —contestó Kaldoon con una ambigua sonrisa —. Nosotros nos vamos…

El maestresala aguardaba a unos pasos de distancia. Kaldoon lo advirtió y agitó la mano.

—¿Señor? —dijo el maestresala.

Kaldoon le puso en la mano un billete de quinientos «garants».

—¿Dónde está esa pareja de sujetos? —preguntó.

—Encerrados, en un cuartito…

—¿Puedo sacarlos por la parte posterior del restaurante?

—Sí, señor.

—Bien, haga el favor de esperarme en la trasera. Iré dentro de un par de minutos.

—Como mande el señor.

Kaldoon se puso en pie. Nelly le imitó en el acto.

—Les ruego tengan confianza en mí —se dirigió a los esposos Wahann.

—Siempre fuiste un chico muy listo —sonrió Irina.

—Pero no afortunado. El afortunado es tu marido —contestó él galantemente—. Ya les avisaré en cuanto sepa algo.

Tomó el brazo de Nelly y se dirigió hacia la salida. Entraron en el helicóptero y lo hizo remontarse lo suficiente para poder dar la vuelta al edificio.

Descendió en la parte posterior, donde el maestresala ya le aguardaba.

Saltó del aparato y pidió un visófono. El maestresala se lo indicó de inmediato.

Kaldoon usó la clave para comunicarse con su jefe. Dadzeus le indicó lo que debía hacer.

A continuación, el joven, sin más ayuda, llevó a los dos rufianes al helicóptero en sendos viajes. Todos continuaban dormidos.

Inmediatamente, se elevó en el aire.

—No entiendo —dijo Nelly, al cabo de unos momentos—. ¿Qué les diste? Cayeron fulminados…

Kaldoon sonrió. Alargó el brazo derecho.

—Sube la manga —dijo.

Ella obedeció. Al hacerlo, vio una especie de tubito negro, sujeto con unas correas elásticas al antebrazo del joven.

—¿Qué es eso?

—Una pistola lanzadardos. Por suerte para esos sujetos, sólo eran dardos narcóticos.

—Pero despertarán…

—Dentro de un par de horas. No hay cuidado.

Nelly se recostó en el asiento.

—A veces —murmuró—, me parece mentira todo lo que estoy viviendo en estos días.

—Desgraciadamente, es verdad. Las muertes que se han producido no son ningún sueño.

—Sí —suspiró la joven—. Pero ¿por qué? ¿Y quién las ha ordenado?

—Eso ya es más difícil, aunque acabaremos hallando las respuestas a esas dos preguntas —afirmó Kaldoon.

Treinta minutos después de un vuelo a toda velocidad, Kaldoon redujo la marcha y empezó a perder altura.

Un minuto más tarde, tomaba tierra en el campo, junto a una casa aislada, en la que ya aguardaban tres o cuatro individuos.

Salió fuera del aparato.

—Ahí están —dijo.

El jefe Dadzeus dio un paso al frente.

—Buena tarea, Kaldoon. —Movió la mano—. Sáquenlos, muchachos.

Los agentes de la
P. U. S.
obedecieron. Poco después, los tres prisioneros se hallaban en el interior de la casa.

Mientras tanto, Kaldoon hizo un sucinto informe de lo ocurrido.

—Está bien —dijo Dadzeus cuando hubo terminado—. Regrese y siga al lado de la chica. Haga lo que haga, procure que no se separe de su lado.

—De acuerdo.

El jefe sonrió.

—Es una mujer muy hermosa —elogió.

—Sí —contestó él.

Volvió junto a Nelly y despegó.

—¿Quiénes son ésos? —preguntó ella.

—Mi jefe y unos agentes.

—¿Qué van a hacer ahora con los prisioneros?

—Interrogarlos, supongo.

Nelly se pasó una mano por la frente.

—Si supiera dónde he pasado los seis meses últimos… —se lamentó.

—Ya lo averiguaremos —expresó él, en tono lleno de confianza.

Regresaron al apartamiento.

—Tendría que buscarme otro alojamiento —dijo Nelly—. No es justo que usted se pase las noches en el diván.

—No se preocupe, es muy cómodo —replicó Kaldoon—. ¿Necesita algún sedante para dormir? El día ha sido un poco movido.

—Gracias. Trataré de dormir sin narcóticos.

Y lo consiguió. Durmió tan profundamente, que no se despertó

hasta que oyó los nudillos de Kaldoon en la puerta de la habitación.

—¡Arriba, perezosa! —dijo él, en tono de buen humor—. El desayuno estará listo dentro de diez minutos.

Nelly se levantó, fue al baño y se aseó rápidamente. Cuando apareció en el saloncito, Kaldoon tenía ya la mesa dispuesta.

—He dormido como nunca —confesó la joven—. Sin sobresaltos, sin pesadillas…

—Eso es que está libre de la influencia del sujeto que la secuestró.

—¿Cómo sabe que me secuestró? —se sorprendió ella.

—Bien, usted dice que hay un período de seis meses en su vida, durante los cuales no recuerda nada de lo que haya podido sucederle. Usted parece una joven normal, poco dada a padecer perturbaciones mentales. Se acuerda de lo que hacía seis meses antes y de lo que ha hecho en los últimos días… Las consecuencias se extraen por sí solas.

Nelly asintió pensativamente.

—Es verdad. Tuve que ser secuestrada…, pero en tal caso, ¿dónde me tuvieron?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar, porque su secuestro está relacionado con las muertes que se han producido estos días. Y ahora, cuando haya terminado, se vendrá conmigo.

—¿Adonde?

—A la Oficina de Patentes. Alguien tuvo que registrar el invento de Henry Wahann.

—Es cierto —convino Nelly—. Sin embargo, después de ir a ese sitio, me gustaría hacer otra cosa.

—Usted dirá, Nelly.

—No tengo encima más que lo puesto. Vivo en un apartamiento…, pero no me atrevo a ir por allí. Necesito ropa.

Kaldoon sonrió.

—Le proporcionaré cuanto pida.

Momentos después, terminaron de desayunar. Salieron a la calle, y Kaldoon, utilizando el helicóptero que había tomado a los forajidos, se dirigió a la oficina de Patentes.

Allí le informaron de que el invento por el que se interesaba había sido registrado por un tal Lucius van Hoyden, que residía en la Avenida Ciento Cuatro, número

12 877.

Kaldoon agradeció los informes y salió, acompañado por la joven, de la que no se separaba un solo momento.

—Bien —dijo—, y ahora, vamos a ver esa ropa que tanto está necesitando.

—¿Cuánto puedo gastar? —preguntó ella, con encantadora sonrisa.

Kaldoon hizo un gesto ambiguo.

—Paga la

P. U. S.

Y somos generosos —respondió.

Dos horas después, el aparato estaba casi lleno con los paquetes que había adquirido la joven. Al verlos, Kaldoon se llevó las manos a la cabeza.

—Afortunadamente, no es usted mi esposa —comentó.

—No soy tan fea —se picó Nelly.

—No discuto su hermosura —sonrió Kaldoon—, que es cosa que no se puede negar, sino que pienso que, aunque mi suelto es bueno, no alcanzaría para sufragar sus gastos de vestuario.

—Cuando me case, me portaré con mucha más moderación —aseguró la joven—. Ahora, simplemente, he querido aprovechar la ocasión.

—Ya, ya —comentó él con sorna—. Bueno, vamos a ver a Lucius van Hoyden.

No lo consiguieron.

El número

12 877

de la Avenida Ciento Cuatro era un solar que no había sido edificado todavía.

CAPÍTULO VII

Nelly se quedó perpleja.

A Kaldoon no le extrañó tanto. Realmente, su sorpresa habría sido mucho mayor si de veras hubiese encontrado al supuesto van Hoyden.

—Pero… pero ¿cómo pudo la Oficina de Patentes admitir la que registró van Hoyden? —exclamó Nelly, al cabo de unos segundos de aturdido silencio.

—Eso es algo que se puede hacer por correo —respondió Kaldoon—. Y los empleados de la Oficina de Patente no tienen por qué comprobar el domicilio de los solicitantes.

—Entiendo —murmuró ella con gesto pensativo—. Ese individuo posee una astucia diabólica.

—Y una red de agentes muy bien montada —añadió el joven—. Bien, ya me suponía que sucedería algo por el estilo, de modo que ahora nos vamos a ver al profesor Obeth.

—¿Para qué, Pedro?

—Está analizando la fórmula que Tukhamov dejó escrita en la pared de su apartamiento, recuérdelo.

—Es verdad.

El helicóptero se remontó de nuevo. Tras una hora de vuelo, llegaron al laboratorio, que dependía directamente de la
P. U. S.

Allí fueron recibidos por un sujeto de bata blanca, quien les manifestó que el profesor Obeth no había llegado todavía.

Kaldoon se extrañó.

—Son las doce —dijo.

—A mí también me parece sumamente raro —convino el individuo—. El profesor suele ser un sujeto muy puntual, y si algún

día, por las razones que sean, no puede venir, lo advierte de antemano.

La mano de Nelly se crispó de pronto sobre el brazo del joven. Ella no dijo nada, pero Kaldoon entendió con claridad el significado de aquel gesto.

—¿Puede usted indicarme el domicilio del profesor? —preguntó.

—Desde luego.

Momentos después, Kaldoon y Nelly corrían otra vez hacia el helicóptero.

—Estoy temiendo lo peor —gritó él, cuando ya abría la portezuela.

Nelly asintió en silencio. También ella pensaba de la misma manera.

El aparato despegó de un salto. Kaldoon le imprimió la máxima velocidad posible.

—Ese individuo parece que posea un ojo capaz de verlo todo —gruñó.

—Y… ¿no es así, en realidad? —contestó la joven.

Kaldoon asintió en silencio. Nelly se dio cuenta de que estaba reflexionando y no quiso interrumpir sus pensamientos con preguntas que podían resultar inoportunas.

Por otra parte, los dos abrigaban los mismos temores.

Hari Obeth había sido secuestrado.

Una hora después, tuvieron la confirmación de sus aprensiones.

El piso del científico aparecía revuelto, como si se hubiese producido una lucha en su interior.

—Se lo han llevado —dijo Nelly desanimada.

Kaldoon asintió.

—Se ve que «El Ojo» no quiere que conozcamos para qué sirve la fórmula que Tukhamov dejó escrita —expresó.

—Debe de ser muy importante, ¿no cree?

—En efecto.

Kaldoon abandonó su inmovilidad y empezó a registrar con sumo cuidado las habitaciones del piso. Al cabo de un rato, se dio cuenta de una cosa.

—Se han llevado todos los papeles que podían servir para escribir: cuadernos, agendas, bloques de notas… Quisieron cubrir la eventualidad de que el profesor hubiese traído alguno de sus

apuntes de laboratorio para estudiarlo en casa y, a fin de no errar, cargaron con todo.

—Pero en el laboratorio habrá algo… Obeth habrá tenido que realizar alguna operación de análisis. Tiene ayudantes…

—Sí, es cierto —admitió él—. Espere un momento.

Buscó el visófono y señaló el número del laboratorio. A poco, apareció en la pantalla el rostro del químico que les había atendido antes.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—Verá —dijo Kaldoon—, el profesor Obeth…

Kaldoon no pudo continuar hablando. De repente, un vivo relámpago apareció en la pantalla.

El resplandor duró una fracción de segundo. Cuando se extinguió, la comunicación había cesado.

—¿Qué ha ocurrido, Pedro? —gritó Nelly.

El rostro del joven aparecía ceñudo y contraído.

—Temo lo peor —dijo.

—¿Cómo?

—Venga. Vamos a comprobarlo.

Agarró su mano y tiró de ella hacia la salida.

Una hora después, vieron que el laboratorio había desaparecido por completo.

Estacionaron el helicóptero en las cercanías. Numerosos curiosos presenciaban la acción de la policía y de los bomberos.

Una columna de humo oscuro y pestilente se elevaba del lugar donde había estado el laboratorio. Kaldoon se acercó a un policía y le preguntó qué había pasado.

—Una explosión, tengo entendido —contestó el agente—. Yo no me hallaba aquí cuando se produjo, pero creo que fue un buen petardo. Tres personas han muerto en el acto.

—Muchas gracias, agente.

Kaldoon se reunió de nuevo con Nelly.

—Ese individuo… «El Ojo», sigue descargando sus golpes implacablemente —dijo—. Ha secuestrado a Obeth y ojalá siga con vida todavía, y para asegurarse de que nadie podría conocer la composición y efectos de la fórmula, destruyó el laboratorio.

Nelly asintió.

—Todo el mundo creerá que ha sido consecuencia de una

explosión accidental —manifestó.

—Menos nosotros, que conocemos la verdad.

—Sí, pero ¿de qué nos sirve?

Le pregunta de Nelly era certera. Kaldoon no supo qué contestar.

—Vamos —dijo al cabo de unos momentos de silencio.

Una vez más, regresaron al helicóptero.

El aparato estaba dotado de radio. Kaldoon usó la clave especial y llamó a su jefe.

Dadzeus escuchó en silencio las manifestaciones del joven, sin hacer el menor comentario. Al terminar, Kaldoon preguntó por los prisioneros.

—Aún no han dicho nada —repuso Dadzeus.

—¿Se muestran tercos?

—No. Continúan dormidos.

—¡Qué! Eso es imposible, jefe. Los efectos del narcótico sólo duran…

—Tengo a un médico intentando reanimarlos, pero, hasta ahora, sus esfuerzos han sido estériles. Siguen tan dormidos como cuando me los trajo aquí… todavía peor, si cabe. El médico dice que se hallan sumidos en una especie de estado de coma, cuyo origen ignora en absoluto.

—Pero ¿es que no vamos a poder combatir a ese sujeto? —exclamó Kaldoon, furioso.

—Ya lo estamos combatiendo —respondió el jefe, con cara impasible—. Y él está muy nervioso, porque, de lo contrario, no andaría liquidando a la gente como si fueran moscas.

—Sin embargo, no tenemos la menor noción de su identidad, ni dónde se esconde…

—Lo averiguaremos —afirmó Dadzeus—. ¿Cómo se encuentra la señorita Shomo?

—Bien, bastante animada, a pesar de todo lo que está pasando.

—Pregúntele si se siente en condiciones de soportar otra sesión con el psiquiatra. Por el momento, ella es nuestra única pista.

Kaldoon se volvió hacia Nelly.

La joven palideció.

—No me gusta, pero debo hacerlo —declaró—. Diga a su jefe que iremos a ver al doctor Pennycut ahora mismo.

—Gracias —contestó Kaldoon—. Jefe, avise a Pennycut. Nos

dirigimos a su casa ahora mismo.

—De acuerdo. Avíseme apenas termine la sesión, con los resultados obtenidos.

—Sí, señor.

Kaldoon cortó la comunicación y puso en marcha el aparato, que se remontó inmediatamente.

Durante unos minutos, volaron en silencio. Al cabo de un rato, Kaldoon preguntó:

—Nelly, usted tiene seis meses de su vida en blanco. Es indudable que, fuera cual fuese el lugar donde estuvo, no lo hizo por su voluntad.

—Eso creo yo —convino la joven.

—Por tanto, resulta obvio que la secuestraron. En tal caso, ¿recuerda usted algo de dicho secuestro?

—No. En absoluto. Seguramente borraron de mi mente ese suceso, como todos los que se produjeron en el espacio de los seis meses siguientes.

Kaldoon se concentró para continuar formulando preguntas.

—La sesión de psiquiatría descubrió que usted había estado en una especie de caverna muy grande, brillantemente iluminada, con muchas personas y muchos aparatos de control de naturaleza desconocida.

—En efecto, Pedro.

—Es indudable —siguió él— que en esa caverna es donde se reciben las informaciones secretas, con las cuales luego «El Ojo» extorsiona a quienes le parece pueden rendirle un buen beneficio. Naturalmente recibirá mucha información que clasificará y archivará para usarla en el momento oportuno. Pero todos los que manejan esos aparatos deben de ser personas, aparte de especialistas en la materia, muy bien entrenadas en su manejo.

—Es de suponer —aseveró Nelly.

—Si encontrásemos esa caverna… —murmuró Kaldoon.

—Lo siento, Pedro; no tengo la menor idea de dónde pueda hallarse.

Él meneó la cabeza, como quitándole importancia a la cosa.

—No se preocupe; ya… Por cierto —exclamó de repente—, todavía no sé cuál era o es su profesión, Nelly.

—Acababa de graduarme en electrónica superior, especialidad

cibernética.

Kaldoon silbó.

—¡Demonios! ¡Tan guapa y… dedicándose a una ciencia tan abstrusa!

Nelly se sonrojó:

—Me gusta —dijo.

El joven volvió a guardar silencio.

—Imagino —dijo como si hablara consigo mismo—, que todos esos sujetos que se encontraban con usted en la caverna, debían de ser también expertos en electrónica o alguna ciencia similar.

—No puedo contestarle, Pedro; sólo recuerdo siluetas y figuras humanas, pero no rostros con rasgos definidos… ni siquiera podría decirle si había también mujeres entre ellos, aunque es de suponer que sí, puesto que yo estuve allí.

—Se me están ocurriendo unas cuantas ideas… —dijo Kaldoon —, pero ya empezaremos a ponerlas en práctica cuando haya celebrado usted la próxima sesión con el doctor Pennycut.

Ella asintió. Momentos más tarde, Kaldoon maniobraba para posar el helicóptero en la terraza del edificio donde vivía el psiquíatra.

Salieron del aparato y se dirigieron al ascensor, que les llevó a la planta deseada. Un minuto más tarde, se detenían ante la puerta del piso del doctor Pennycut.

Entonces, Kaldoon arrugó la nariz.

—Estoy oliendo a chamusquina —dijo.

CAPÍTULO VIII

Kaldoon asió el pomo de la puerta, después que se hubo persuadido de que nadie contestaría a sus llamadas. Fue a hacerlo girar y se quedó con él en la mano.

Nelly emitió un gemido de horror. La puerta se deshacía en una apestosa nube de polvo negro.

Kaldoon la apartó hacia atrás casi con violencia. El olor a quemado se hizo de pronto insoportable.

—¡Pedro! ¿Qué ha pasado? —gritó la joven, asustada.

El hedor era difícilmente soportable. A través de la nube de humo en que se había convertido la puerta, pudieron ver que las paredes del piso estaban totalmente ennegrecidas.

—Me parece que «El Ojo» ha descargado otro de sus golpes —murmuró Kaldoon con acento sombrío.

No hacía falta cruzar el umbral para saber que el doctor Pennycut había muerto.

Pero lo cruzaron.

Los muebles y la decoración habían ardido por completo. Sin embargo, el incendio no se había propagado a los pisos contiguos.

El suelo estaba lleno de cenizas y restos de muebles y utensilios quemados. En el despacho de Pennycut vieron un bulto negruzco, de forma indefinida, que no tendría más allá de sesenta o setenta centímetros de longitud.

Nelly vaciló un poco; Kaldoon la sujetó por la cintura.

—Eso es todo lo que queda del pobre Pennycut —murmuró el joven.

Ella se volvió de repente, estremecida de pies a cabeza.

—¡Es horrible! —exclamó.

Callaron unos momentos, tremendamente impresionados por el

lúgubre espectáculo que contemplaban.

—Pero ¿cómo han podido hacer una cosa semejante? —preguntó ella.

—Posiblemente, con alguna descarga térmica de alta temperatura e instantánea. Durante un segundo, quizá menos, dentro del piso, mejor dicho, dentro del despacho de Pennycut, ha reinado una temperatura de miles de grados. Debió de ser como una especie de fogonazo gigantesco que abrasó en fracciones de segundo cuando se encontraba dentro de su radio de acción. La brevedad de su duración no permitió, sin embargo, que el calor se comunicase a los pisos contiguos, aparte de que las paredes son resistentes.

—Pero ¿por qué? —exclamó Nelly.

—«El Ojo» no quiere que nadie descubra su guarida, simplemente —respondió Kaldoon. Agarró su brazo y tiró de ella con suavidad—. Vámonos, Nelly; aquí ya no tenemos nada que hacer.

Salieron del piso. Había algunos curiosos en el pasillo. Desde la calle les llegó el aullido de una sirena policial.

Kaldoon y Nelly se retiraron. No les convenía sujetarse a las molestias de un interrogatorio, al cual no habrían podido contestar en debida forma.

* * *

El jefe Dadzeus daba muestras de intranquilidad, cosa rara en él, puesto que era un individuo de rara ponderación y notablemente equilibrado.

Pero Kaldoon sabía que lo que estaba ocurriendo era como para poner a prueba los nervios del más templado.

—Ese miserable —gruñó Dadzeus—, está dispuesto a que nadie encuentre su escondrijo.

—Y recurre al asesinato como medio de lograr sus fines —dijo Kaldoon.

—En efecto. —Las manos del jefe se crisparon—: ¡Ah, si pudiese quedarme a solas con él nada más que cinco minutos!

—Un día u otro lo conseguirá —profetizó el joven—. De momento, vamos a ver si logramos algo positivo, jefe.

—¿Qué tiene usted dentro de la mollera, Pedro?

—Primero, recordemos la profesión de la señorita Shomo, a la cual podríamos llamar mejor doctora.

Dadzeus miró a la muchacha con aire de sorpresa.

—¿Doctora? —repitió.

—Sí —se anticipó Kaldoon—, doctora en electrónica y cibernética. ¿Ya no recuerda usted que ella dijo haber estado en una gran caverna en la que había numerosos aparatos de control?

—Es cierto —dijo Dadzeus—. ¿Y qué más?

—Pues que ella no era la única que estaba en la caverna. Tenemos, por ejemplo, al pobre Tukhamov, acerca de cuya profesión y conocimientos no nos hemos molestado en indagar nada.

—¡Maldición! —juró el jefe—. En lugar de ultrapolicías, debieran llamamos ultratontos. ¿Qué más, Pedro?

Kaldoon y Nelly sonrieron al escuchar el comentario de Dadzeus.

—Es de suponer que todas las personas que se encontraban en la caverna, hayan llegado allí por el mismo procedimiento que la señorita Shomo, es decir, por métodos digamos nada suaves, al menos en el fondo.

—Contra su voluntad —gruñó Dadzeus.

—Exactamente.

—¿Y bien?

—También es de suponer que todos ellos sean personas con elevados conocimientos científicos. Incluso habrá médicos, puesto que, de un modo u otro, «El Ojo» consiguió borrar seis meses de la vida de Nelly.

—Empiezo a comprenderle. Siga, Kaldoon.

—Bien, eso es algo que usted puede hacer mejor que yo. Necesitamos saber con toda urgencia los nombres de las personas desaparecidas en el plazo de digamos un año. Habrá muchas; todos los días desaparecen, pero de las que nos facilite la policía iremos eligiendo solamente las que sospechamos que, por sus conocimientos y estudios, puedan resultar útiles a «El Ojo».

Dadzeus le miró admirativamente.

—Es una buena idea, Pedro —confirmó—. Y yo me encargaré de ello. ¿Qué harán ustedes mientras?

—Bueno, esperar. ¿Ha recibido informes de los otros tres agentes?

—Ninguno ha progresado tanto como usted, Pedro. ¿Adónde piensan irse?

—A mi apartamiento, por supuesto.

—Tengan cuidado. Ese bicho puede estar tendiéndoles una trampa.

Kaldoon sonrió.

—Lo tendremos, jefe. ¿Vamos, Nelly?

Cuando salieron, Kaldoon observó una intensa preocupación en las facciones de Nelly.

—¿Qué le ocurre, muchacha? —preguntó.

—Me siento deprimida —dijo ella.

Kaldoon procuró consolarla.

—Todo pasará, no le quepa la menor duda.

—Sí, lo sé, pero… ¿qué hicieron conmigo durante esos seis meses? ¿Qué diabólicas manipulaciones realizaron en mi cerebro? ¿De cuántos crímenes soy cómplice?

—De ninguno —aseguró él en tono rotundo—. Usted no lo hizo por su propia voluntad. Es más, ni siquiera sabía lo que estaba haciendo.

—¡Pero lo hice, Pedro! —clamó Nelly angustiada.

—Tendremos que buscar otro psiquiatra…

—¡No, no!

—… para que arranque de su subconsciente ese complejo de culpabilidad, del que debe esforzarse por desecharlo.

Nelly le dirigió una mirada agradecida.

—Es usted muy bueno, Pedro —dijo.

—¡Pse! Corrientito —bromeó él—. ¿Le parece que salgamos esta noche a divertimos un poco? Tiene ropa de sobra y…

—Temo que mi compañía lo único que haría sería estropearle la velada. —Nelly sonrió con tristeza.

—No haga caso. Si se pone guapa… bueno, ya lo es de sobra; quiero decir, si se arregla un poco y procura desechar sus penas y levantar el ánimo, verá cómo nos divertimos.

—Lo intentaré, Pedro, aunque no le garantizo el resultado de la velada.

—Será magnífica, ya lo verá —afirmó Kaldoon en tono convencido.

Llegaron al edificio donde residía Kaldoon. Entraron en el

ascensor y momentos después, salían al pasillo.

Avanzaron hacia la puerta del apartamiento del joven. Kaldoon sacó la llave y ya se disponía a insertarla, cuando, de repente, detuvo el gesto en seco.

—¿Qué sucede? —preguntó Nelly, extrañada.

Kaldoon se llevó un dedo a los labios, como recomendándole silencio. Luego, cogiéndola por un brazo, la situó al lado de la puerta.

—Hay alguien dentro —susurró.

Nelly se sobresaltó.

Kaldoon se subió una de las mangas del blusón. Sujeto al antebrazo por una correa Nelly pudo ver una cajita negra, oblonga, del tamaño de un paquete de tabaco, aunque de la mitad de grueso.

—Es un detector de infrarrojos —dijo él en voz baja—. Acaba de revelarme el calor de una o más personas al otro lado de la puerta. Dado que no espero visitas y están en mi apartamiento sin permiso, es obvio que no nos esperan para felicitarnos las Pascuas, que, por cierto, caen bastante lejos —añadió Kaldoon con notorio humorismo.

—¿Y qué es lo que piensa hacer? —preguntó ella, estremecida.

Kaldoon reflexionó unos momentos. De pronto, sonrió:

—Ya lo verá espere un momento.

Corrió de puntillas hasta el final del pasillo y llegó a la ventana. Era de una sola pieza de vidrio y no podía abrirse.

Pero un agente de la
P. U. S.
no se amilanaba por tan poca cosa, y Kaldoon, como todos, cuando estaban en campaña, llevaba encima un arsenal de instrumentos y herramientas de todas clases.

Sacó un diamante de vidriero y cortó el cristal. Luego, con una diminuta ventosa, tiró hacia sí del trozo de vidrio cortado, a fin de evitar que cayera a la calle.

Con grandes precauciones para no cortarse, se asomó por el hueco. La ventana de su salón estaba a tres metros de distancia.

Agitó una mano y Nelly se le acercó.

—Tiene que ayudarme —pidió él.

—Lo que quiera, Pedro.

Kaldoon recortó aún más el cristal, especialmente por la base,

junto al alféizar. Al terminar, se volvió hacia la joven.

—Quítese el blusón, por favor.

Ella se mordió los labios, mientras sus mejillas se teñían de carmín.

—¿Es necesario? —preguntó.

—Lo haría yo con el mío, pero tiene unos cuantos bolsillos especialmente diseñados y conseguir otro me produciría bastantes trastornos.

Nelly suspiró. Encendida de rubor, se quitó el blusón. Debajo del mismo, sólo llevaba el sostén.

Kaldoon lo rasgó enseguida en varias tiras, que entrelazó con rapidez, formando una especie de soga de metro y medio o dos metros de longitud.

Acto seguido, entregó a la joven uno de los extremos.

—Sostenga con fuerza, pero no tema; no pienso suspenderme en el vacío.

Kaldoon salió fuera. Había una pequeña cornisa, de veinte centímetros de anchura escasa, que apenas si permitía poner el pie.

Evitó mirar hacia abajo. No padecía de vértigo, pero uno no sabía…

Nelly sostenía con todas sus fuerzas, afirmando los pies en la base interna del muro. Kaldoon se estiró todo lo que pudo, hasta llegar a cosa de treinta o cuarenta centímetros de la ventana.

Al pie de la misma había una rejilla, por la que se renovaba el aire interior de la casa, se purificaba y era calentado o enfriado automáticamente, según la estación y las necesidades del habitante del piso. Kaldoon tenía ya en la mano derecha una especie de tubo transparente, de unos tres centímetros de grueso por doce de largo, aproximadamente.

Mordió uno de los extremos puntiagudos del tubo y colocó el mismo entre dos de los hierros de la rejilla. El tubo era de plástico, y presionó con el índice y el pulgar, expulsando al interior su contenido líquido, que se vaporizó en el acto.

Al terminar, sonrió satisfecho.

Cinco minutos más tarde, podían penetrar impunemente en el apartamiento.

Emprendió el regreso. De repente, su pie derecho resbaló de la cornisa.

Nelly tenía la cabeza asomada fuera de la ventana. Gritó al verle proyectado.

Pero un agente de la
P. U. S.
estaba maravillosamente entrenado para resolver cualquier situación, por crítica que fuese. Kaldoon tuvo la suficiente presencia de ánimo para darse cuenta de que, si se aferraba a la cuerda improvisada, arrastraría consigo a Nelly.

El suelo se encontraba a ochenta metros de distancia.

Se dejó caer, con los músculos tensos. Cuando la cornisa pasó ante sus ojos, preparó las manos.

La caída quedó frenada en seco. Kaldoon quedó sostenido en el vacío, sujeto tan sólo por las manos. Levantó la vista.

Nelly le contemplaba ávidamente, a metro y medio por encima de su cabeza.

—No grite —aconsejó—. Siga teniendo la cuerda preparada.

La joven se rehízo bastante. Kaldoon flexionó los brazos y se izó a pulso, hasta que su pecho quedó a nivel de la comisa.

—La cuerda —pidió.

Nelly se la acercó a la mano derecha. Kaldoon se soltó y, agarrando el extremo de la soga, continuó su lento movimiento de ascensión.

Ella tiró con todas sus fuerzas. Segundos después, Kaldoon se encontraba a salvo.

Los nervios de Nelly cedieron y se abrazó a él fuertemente, sin reparar en la escasez de su atavío. Kaldoon notó que el cuerpo de la joven temblaba convulsivamente.

Era la reacción natural, después del mal rato pasado.

—Vamos, vamos —murmuró a su oído—, ya no hay motivos para afligirse. Estoy a salvo, así que…

—Temí que se matara —dijo ella con voz entrecortada.

Kaldoon sonrió.

—Eso que acabo de oír me halaga muchísimo, Nelly. ¿Lo dice de veras?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Tendré que recompensarlo —indicó Kaldoon—, pero lo haré dentro de unos minutos. Ahora, vamos a ver si podemos entrar en el piso.

Se acercaron a la entrada. Kaldoon sacó un minúsculo estetoscopio y lo aplicó a la puerta.

El aparato amplificó los sonidos que se producían al otro lado. Kaldoon oyó unos juramentos ahogados y luego rumor de pasos que se dirigían hacia la puerta De pronto, captó el ruido inconfundible de dos cuerpos al caer a tierra.

Levantó la mano, como indicando paciencia. Guardó el estetoscopio y se irguió sonriente:

—Paso libre —dijo.

Nelly le contempló atónita.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó.

—Lancé un gas narcótico por una de las tomas de aire —sonrió él—. Sus efectos en el ambiente duran muy poco, pero un hombre puede dormir hasta media hora. ¿Vamos a verles la cara a esos tipos?

Nelly bajó la vista y se ruborizó otra vez.

—Lo que a mí me conviene es ponerme algo de ropa encima —contestó.

CAPÍTULO IX

Al cruzar el umbral, vieron a dos sujetos caídos en el suelo y sumidos en lo que parecía ser un sueño regular, incluso agradable.

Nelly apenas si les echó un vistazo; enseguida pasó corriendo por su lado y se dirigió al dormitorio, con objeto de ponerse alguna ropa.

Kaldoon se arrodilló junto a los caídos y les registró minuciosamente.

—Menudo arsenal —comentó.

Uno de ellos, además de la pistola paralizante, llevaba un cañón térmico. Era como una especie de escopeta, con una culata sintetizada y el cañón corto y grueso.

El otro llevaba también una pistola similar y, además, una caja de forma oblonga, aunque de aristas redondeadas, provista en uno de sus lados de un par de esferas indicadores y unos botones de control.

Nelly regresó al vestíbulo y contempló a los sujetos con curiosidad.

—¿Quiénes son?

—Ojos de «El Ojo» —contestó él—. Ojos, manos, brazos... y puñales, si es que entiende lo que quiero decir.

Nelly asintió, observando con curiosidad la caja que Kaldoon tenía en las manos.

—¿Qué es eso?

—Supongo que una bomba incendiaria, como la que mató al doctor Pennycut. —Tomó la escopeta—. Éste es un cañón térmico, idéntico al que deshizo parte de la cafetería. Pero sus efectos no son tan devastadores, por lo que deduzco que la bomba incendiaria es esta cajita. Veo un marcador de tiempo y algunas teclas de control,

lo cual significa que puede dejarse escondida en cualquier parte para hacerla funcionar mediante alguna influencia externa.

—¿Cómo, por ejemplo?

Kaldoon se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! Desconozco en absoluto esta clase de aparatos…, pero incluso podría funcionar el interruptor de la luz. O quizá Pennycut recibió la visita de un supuesto paciente, que dejó la caja en un lugar invisible para él. Luego, el agente se marchó, buscó una cabina visofónica, marcó el número del psiquiatra… y esto fue suficiente para poner en funcionamiento la bomba.

Nelly se estremeció.

—Ese hombre posee la perversidad del demonio —le dijo.

—Será su primo —bromeó Kaldoon—. Bueno, enviaremos la bomba a nuestros expertos y ellos la analizarán.

—¿Qué hará con los prisioneros?

Kaldoon se incorporó.

—Voy a llamar al jefe —dijo.

Momentos más tarde, estaba en contacto con Dadzeus.

—López e Hiwan acudirán ahora a buscarlos —contestó el jefe, cuando Kaldoon hubo terminado su exposición de los hechos—. Aunque mucho me temo que no conseguiremos nada.

—¿Por qué? —inquirió Kaldoon, extrañado.

—Los otros tres no han despertado todavía. Siguen en estado comatoso y se sostienen sólo gracias a la alimentación endovenosa que les proporcionan nuestros médicos. Pero todos los medios ensayados para despertarlos han resultado estériles, hasta el momento.

Kaldoon concibió una idea.

—Jefe, nosotros guardamos una copia de la célebre fórmula que estudiaba el profesor Obeth cuando murió.

—Es cierto.

—¿No podría encargar su análisis a otro científico?

—Tengo miedo —confesó Dadzeus—. No sé si en estos momentos «El Ojo» me está viendo… y oyendo, naturalmente.

—Eso significa que teme por la vida del científico a quien encargara analizar la fórmula.

—Así es, no hay motivos para negarlo. Y, por si fuera poco, recuerda a Pennycut.

Kaldoon frunció el ceño. Su jefe tenía razón.

Las vidas humanas parecían importar muy poco al misterioso sujeto a quien, por un acuerdo tácito, habían convenido en denominar «El Ojo». Siendo así, la prudencia aconsejaba no poner en peligro las existencias de otras personas.

—Está bien, jefe; ya idearemos una fórmula para encontrarle. A propósito, ¿tiene ya la lista de las personas desaparecidas?

—Aún no. El jefe de policía de la ciudad prometió enviármela mañana sin falta.

—Está bien. La analizaremos juntos.

Kaldoon cortó la comunicación. Su rostro aparecía cargado de sombras.

Nelly le entregó un vaso. Kaldoon agradeció el gesto con leve sonrisa.

—Estás preocupado, ¿no? —dijo ella, tuteándole de pronto.

—Sí. Preocupado porque no sé si «El Ojo» nos estará viendo y oyendo en estos momentos.

Y apuró el contenido del vaso de un trago, casi con rabia.

López e Hiwan llegaron una hora después para llevarse a los prisioneros.

—¡Eh! —se extrañó López—. ¡Todavía están dormidos!

—¿Les ha dado una sobredosis de narcótico? —preguntó el javanés.

—No, pero los individuos a quienes narcoticé en el restaurante, también continúan sin conocimiento —respondió Kaldoon—. Esto empieza a ponerme nervioso.

—Bueno, hombre, tranquilízate; no es para tanto —le animó López.

—Es que estoy viendo que, a este paso, no podremos hacer ningún otro prisionero.

Hiwan silbó.

—Si a todos les pasa lo mismo…

—Hay un medio de dormirlos y que despierten luego sin más inconveniente —dijo el peruano.

—¿Cuál?

—Un buen puñetazo en la barbilla.

Kaldoon abrió mucho los ojos.

—Es posible que tengas razón, Dionisio —exclamó.

—¿Por qué dices eso, Pedro? —quiso saber Nelly.

—Empiezo a ver las cosas un poco más claras —respondió Kaldoon—. Quizá estos individuos obran por influencia de «El Ojo». Esta influencia, naturalmente, es externa y artificial.

—¿Y…? —murmuró Hiwan.

—Bien, supongamos que han empleado una droga con ellos para obligarles a actuar de determinada manera. Ahora yo les he propinado un narcótico que, en forma gaseosa, líquida o sólida, tiene la misma composición química, tanto en este caso, como en el de los dos sujetos a quienes atrapé en el restaurante. Bien, sería posible un estado de sinergia al actuar en ellos otra droga sobre la que ya llevan en su organismo, y esta segunda es la que, contrapuesta o yuxtapuesta, o como se quiera decir, sobre la primera, provoca el estado de coma.

Hiwan silbó de nuevo.

—Si es así, estamos apañados —comentó.

—Por eso no resulta tan descaminada la idea de Dionisio —añadió Kaldoon.

—Sí, pero ahora, lo importante es atrapar a uno y poderse colocar a distancia de puño —dijo López.

Kaldoon meneó la cabeza.

—De todas formas, una cosa hay cierta, y es que «El Ojo» no se siente muy seguro. De otra forma, no iría por ahí matando gente a diestro y siniestro.

Era preciso convenir que Kaldoon tenía razón. Por el momento, sin embargo, no podían hacer otra cosa que llevarse a los prisioneros y ponerlos en manos de los médicos que formaban el selecto y poco numeroso grupo de científicos que trabajaban para la P. U. S.

* * *

No se produjo incidente alguno durante la noche, y tanto Kaldoon como Nelly pudieron descansar con tranquilidad.

A la mañana siguiente, acudieron al despacho de Dadzeus.

El jefe de la P. U. S. tenía ya sobre la mesa un fajo de papeles.

—Ésta es la lista, muy larga, de las personas desaparecidas en la ciudad en los dos últimos años.

Kaldoon la hojeó rápidamente. Más que los nombres, le interesaban las profesiones de los desaparecidos.

—Veo aquí a cinco técnicos en electrónica, dos cibernéticos, cuatro médicos, diecinueve expertos en comunicaciones… —citó unas cuantas profesiones más y terminó con una que le arrancó una exclamación de sorpresa—: ¡Por todos los diablos! ¡Hay cinco «mediums»!

—¿Qué? —dijo Nelly, atónita.

—«Mediums», sí —confirmó Kaldoon—. Esas personas que poseen facultades sobrenaturales. Un tipo las saca al escenario, las sienta en una silla, las venda los ojos, las hipnotiza y luego hace que adivinen lo que el espectador de la fila cuarta, butaca número dieciséis, lleva en su cartera.

—¡Rayos! —Gruñó el jefe—. ¿Adónde quiere ir a parar con eso, Pedro?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí también —dijo Kaldoon descontento.

—Un «medium» —murmuró Dadzeus—, cuando no se trata de una engañifa, teatralmente hablando, claro está, siempre posee unos poderes muy parecidos a los telepáticos.

—Es decir, que tiene unas facultades mentales superiores a las del común de la gente —expresó Nelly.

—Exactamente.

—Pero no comprendo… ¿Cómo puede «El Ojo» adivinar todo lo que hacemos?

—Por medio de alguno de esos telépatas.

—Un momento, jefe —terció Kaldoon—. Cualquier telépata, sujeto a la voluntad de «El Ojo», está en condiciones de penetrar en nuestras mentes, ahora, en este mismo instante, y transmitirle cuanto digamos… incluso relatarle minuciosamente hasta la última colilla de ese cenicero, a fin de que el tipo pueda conocer el menor detalle de cuanto hay en esta habitación.

—En efecto, así tiene que ser.

—Pero, entonces, ¿cómo explica usted que «El Ojo» nos haya enviado fotografías nuestras, tomadas en las reuniones… y no sólo nuestras, sino también de los ministros? No olvidemos tampoco, por

ejemplo, el caso Wahann. Y eso, sin hablar de otros que desconocemos por ahora, pero que, seguramente, se habrán producido.

Dadzeus se quedó desconcertado.

—No sé qué responder a eso —contestó.

Durante unos momentos, reinó el silencio en la estancia. De pronto, Kaldoon dijo:

—Yo sí sabría encontrar la respuesta parcial. Incluso, quizá, total.

—¿Cuál es? —preguntó el jefe.

Kaldoon se puso en pie y dio dos vueltas por la estancia.

—No me atrevo a expresarla aquí —contestó—. Tal vez, en estos momentos, el tipo ése nos está viendo y oyendo.

Dadzeus soltó una maldición.

—¿Es que no vamos a poder hablar sin temer ser escuchados? —Mugió, a la vez que pegaba un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Sí, creo que hay un sitio donde hacerlo sin temor.

—¿Dónde?

—En la calle.

Dadzeus reflexionó un momento.

—Vamos a la calle —decidió de pronto.

Salieron los tres. En medio del gentío, Kaldoon dijo:

—Para encontrar la respuesta a todas las preguntas que nos agobian no hay más que una solución: ir a la caverna en donde estuvo Nelly.

CAPÍTULO X

La astronave «Edwina R.» orbitaba hacia la Tierra de vuelta de un viaje de Marte.

Iván Brogossev era el piloto radarista de turno, a quien correspondía en aquellos momentos marcar la aproximación de la nave al planeta.

Estaban a unos cincuenta mil kilómetros de distancia. No sólo Brogossev, sino también el resto de la tripulación, así como los pasajeros, se sentían ya ansiosos de desembarcar, después de largas semanas de permanencia en el espacio, unos y otros, meses o acaso años en Marte.

Los ojos de Brogossev estaban fijos en la pantalla de radar. Tenía demasiada práctica para diferenciar en fracciones de segundo las señales de un meteorito de las de otra nave o las emitidas por un satélite artificial de comunicaciones. La pantalla era grande y en ella aparecían y desaparecían puntos verdeamarillentos con numerosa frecuencia.

Al lado tenía las tablas de órbitas y distancias de los satélites terrestres. Hacía tiempo que siempre eran los mismos, por lo que Brogossev se conocía de memoria los datos precisos y los identificaba sin necesidad de consultar el libro.

De pronto, a los cuarenta y cinco mil kilómetros, brilló un destello en la pantalla.

Brogossev era hombre de rápidos reflejos. Agarró el lápiz fluorescente y marcó el lugar donde aparecía la señal.

Ésta se esfumó un segundo después.

Brogossev arrugó el entrecejo.

—¿Me estará jugando la memoria una mala pasada? —Gruñó.

Agarró el libro, lo abrió y consultó la página correspondiente.

En aquellos momentos, la nave describía una órbita casi elíptica, que resultaba prácticamente paralela al círculo terrestre. Era preciso, a fin de reducir velocidad y poder entrar en la atmósfera sin inconvenientes.

—El destello no procedía de ningún meteorito —masculló—. Y «ahí» no hay ningún satélite artificial.

Pulsó un botón.

—Habla el capitán —respondió una voz en el acto, a través de un altoparlante.

—Aquí, Brogossev. Capitán, haga el favor de venir a la cabina de radar.

El comandante de la «Edwina R.» era hombre que sabía que sus tripulantes no le llamaban sin razón. Medio minuto más tarde, se hallaba junto a Brogossev.

—¿Qué sucede, piloto? —inquirió.

—¿Han lanzado algún satélite durante nuestro viaje, señor? —preguntó el piloto.

—No, que yo sepa. Tendríamos que haber recibido la comunicación correspondiente en el acto —respondió el capitán Donatti.

—Entonces, alguien se entretiene a jugar a los astronautas por su cuenta y riesgo —masculló Brogossev, a la vez que señalaba hacia la pantalla de radar—. Ahí hay un satélite.

Donatti se fiaba de su piloto.

—Consulte con la Central de Satelización —dijo—. Tal vez el lanzamiento sea tan reciente, que no hayan tenido tiempo de comunicarlo.

—Bien, señor.

Brogossev conectó la radio y estableció la frecuencia de la Central de Satelización. Formuló el indicativo de la nave y solicitó hablar con el oficial de servicio.

—Aquí Central de Satelización —le contestaron—. Adelante, «Edwina R.».

—Hemos detectado un satélite que no figura en nuestros libros —respondió Brogossev—. ¿Han realizado algún lanzamiento últimamente?

—En absoluto. No hay ningún nuevo satélite…

—Está equivocado, hermano. «Hay» un nuevo satélite. Nosotros

acabamos de detectarlo en…

Brogossev facilitó las coordenadas celestes.

—Aguarde un momento, «Edwina R.» —pidieron de tierra.

Los dos hombres esperaron ansiosamente.

Cinco minutos más tarde, la Central habló de nuevo:

—Insistimos, no se ha realizado ningún lanzamiento. ¿No se tratará de un error de detección?

—Me juego el sueldo de diez años —masculló Brogossev—. Llevo otros tantos de astrorradarista y sé lo que me digo, amiguito.

—Bien, entonces no hay más que una solución: Investigue e informe. Nos mantendremos a la escucha.

Donatti arrojó un vistazo al indicador de órbitas.

—Central, habla el comandante de la «Edwina R.».

Tardaremos dos horas en situarnos de nuevo en posición de detección.

—Esperaremos —fue la lacónica respuesta de la Central.

La «Edwina R.» era una astronave civil, pero su comandante no se podía negar al requerimiento que le había sido hecho.

La Central de Satelización pagaría el combustible consumido en la operación, más las indemnizaciones por retrasos. Donatti maldijo entre dientes de su mala suerte, ya que ni por un momento se le ocurrió pensar que todo podía proceder de alguna extraña visión de su piloto.

Dos horas después, la «Edwina R.» se hallaba en las inmediaciones del lugar donde, según Brogossev, debía hallarse el satélite desconocido.

—No veo nada —dijo el piloto, tras un detenido examen con el telescopio.

De acuerdo con la señal recibida, habían calculado la órbita y velocidad del extraño satélite. La astronave maniobraba para equipar órbitas y situarse en sus inmediaciones.

El radar permanecía silencioso en lo que se refería al satélite detectado. El experto ojo de Brogossev le decía que todas las señales que aparecían y desaparecían rápidamente en la pantalla correspondían a cuerpos celestes o a satélites ya registrados.

De pronto, Donatti lanzó una exclamación:

—¡Mírelo, allí está!

Brogossev fijó la vista en el lugar que le señalaba su capitán.

—¡Rayos! ¿Qué es eso? —exclamó, atónito.

Era un satélite de una forma singular, como no habían visto hasta el momento. Tenía la forma de un círculo doble, pero no concéntricos sus componentes, sino que ambos eran del mismo tamaño y formaban una especie de esfera armilar de dos únicas circunferencias, cruzadas perpendicularmente.

El satélite parecía inmóvil en el espacio, a veintiocho mil kilómetros de altura sobre la tierra. Su color era negro, de tal modo que absorbía casi por completo todas las radiaciones luminosas del sol.

A no ser porque en aquel momento la nave, el satélite y el Océano Atlántico formaban una línea recta, al extremo opuesto de la cual se hallaba el sol, el satélite habría resultado totalmente invisible.

De pronto, las circunstancias favorables de iluminación cesaron y el satélite desapareció de la vista de ambos astronautas.

—Acerquémonos —ordenó el capitán Donatti.

Se aproximó el micrófono a los labios, a fin de dar las órdenes oportunas al ingeniero que manejaba los sistemas propulsores del navío espacial, pero no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra.

Algo brilló tenuemente en la negrura del espacio.

—¿Qué es eso? —gritó Brogossev.

Una leve chispita de luz corrió a gran velocidad hacia la nave.

—¡Es un torpedo espacial! —aulló Donatti.

La velocidad del aparato era terrible. El comandante de la «Edwina R.» no tuvo tiempo de dar la orden de apartarse de su trayectoria.

Un tremendo relámpago brilló en la noche del espacio. Cuando se disipó su fulgor, la astronave, con cuanto contenía, hombres, máquinas y carga, se había convertido en un millón de minúsculos fragmentos, ninguno de los cuales era mayor que la mano de un hombre.

* * *

Dionisio López llamó a la puerta y esperó.

Una mujer le abrió al cabo de unos momentos.

—¿Señora Durban? —preguntó el agente de la

P. U. S.

—Sí, la misma —contestó la mujer.

El peruano le enseñó unas falsas credenciales de policía.

—Necesito hablar con usted, señora. Es acerca de la desaparición de su esposo.

—¿Mi esposo? —se extrañó la señora Durban—. ¡Pero si ha vuelto a casa!

López respingó.

—Teníamos entendido que había desaparecido —dijo.

—Sí. Desapareció y yo denuncié el hecho a la policía, pero ha vuelto hace dos días. Lo siento —añadió la mujer—, la alegría de verle, me hizo olvidar que había haber informado su vuelta.

López se mordió el labio inferior…

—¿Cuánto tiempo ha estado ausente su esposo? —preguntó.

—Unos seis, no, casi siete meses, agente.

—Y desapareció sin previo aviso.

—En efecto. Pasé muy malos días, créame. Ya le daba por muerto, cuando…

—Así que regresó anteayer. ¿Dónde ha estado? ¿Le ha dicho algo al respecto?

—Pues no, y eso es lo raro, agente. Cuando se lo pregunté, me dijo que no se acordaba en absoluto. Sospechando que podía tratarse de algo parecido a la amnesia temporal, le hablé de consultar con un médico, pero él se negó en redondo, diciendo que se encontraba repuesto por completo. La verdad, yo me sentía tan contenta de volver a tenerlo a mi lado…

López emitió una sonrisa de circunstancias.

—Se comprende —dijo—. Por favor, ¿podría hablar con él unos momentos?

—Lo siento, agente. En este instante no se halla en casa, pero si tanto interés tiene en verle, vaya a «La Paloma». Es una taberna situada en la calle de al lado, donde él solía reunirse en ocasiones con los amigos. Dijo que tenía ganas de volver a charlar con ellos y…

—Claro, claro —contestó el peruano—. Bien, muchas gracias por sus informes y… Por favor, ¿cuál era la profesión de su esposo?

—Experto en radio. Ocupaba un buen puesto en la «Intermundial

Radio & T.
V.». No sé si ahora le readmitirán, después de tantos meses de ausencia sin previo aviso —dijo la mujer en tono preocupado—. Ésa era otra de las razones por la cual quería llevarle yo al médico.

—Le admitirán —sonrió López—. Muchas gracias por todo y enhorabuena por la vuelta de su esposo.

—Muchas gracias, agente.

López salió de la casa y buscó la taberna indicada.

Llevaba en el bolsillo una fotografía de Durban, que le había sido entregada por el jefe Dadzeus. Al recibir la lista de desaparecidos, Dadzeus había recibido también las fotografías de la inmensa mayoría.

López entró en «La Paloma», una taberna centenaria, en la que la gente que apreciaba los momentos buenos de la vida, solía reunirse a charlar con los amigos en torno a unos vasos de vino o unos jarros de cerveza.

El ambiente era muy agradable. En un pequeño estrado, un músico hacía sonar los quejumbrosos sones de un acordeón.

Las camareras iban y venían constantemente, sirviendo a los clientes que atestaban el local. El murmullo de las conversaciones apagaba casi por completo los melodiosos acordes de la música.

López fue de mesa en mesa, con aire displicente, hasta que vio a uno que le pareció el hombre a quien buscaba.

—¿Durban? —preguntó.

El hombre levantó la cabeza.

—Sí, soy yo —confirmó.

—Me gustaría charlar un rato con usted. Ya sé que le interrumpo una agradable velada con sus amigos, pero es urgente. De todas formas —sonrió el peruano—, seré breve.

—Está bien —contestó Durban, un hombre todavía joven y de aspecto inteligente—. Si no va a tardar mucho… Perdonadme unos minutos, muchachos —se dirigió a sus contertulios.

Durban se puso en pie y miró en torno suyo.

—Ah, allí hay una mesa libre. Venga conmigo, señor…

—López, Dionisio López.

—Encantado, amigo López. ¿Qué va a tomar?

—Lo mismo que usted, Durban.

Se cruzaron con una rolliza camarera.

—Dos jarras de cerveza, Molly.

—En el acto, señor Durban.

Se sentaron frente a frente. López eligió el sitio que le permitía dominar la puerta.

Fue una acertada precaución. Apenas habían tenido tiempo de acomodarse, López vio a dos individuos que, tras cruzar el umbral de la puerta, se detenían en el pequeño estrado que había junto a la mesa.

Los sujetos pasearon la vista por el interior del local, como si buscasen a alguien. Un sexto sentido le dijo al peruano que él y Durban eran los dos hombres a quienes buscaban aquellos sujetos.

—Tenemos que irnos, Durban —dijo atropelladamente.

—¿Cómo? —exclamó el hombre, atónito.

—Vamos, no tenemos un segundo que perder.

—¡Está loco! —Rabió Durban—. Si sólo me llamó para esto…

López no le miraba. Tenía los ojos fijos en la pareja de recién llegados, los cuales le descubrieron de pronto.

Como agente de la
P. U. S.,
López era un tipo valeroso, pero no tanto que se jugase la vida a tontas y a locas, sin saber que contaba con un mínimo de posibilidades de salir triunfante.

En aquel momento, tenía todas las posibilidades en contra.

López vio instantáneamente que tratar de convencerle de que le siguiera, le llevaría un tiempo precioso. Se puso sobre la mesa de un salto y, tomando impulso, se lanzó hacia la ventana más próxima, como si fuese a arrojarse de cabeza a un río.

En aquel instante, los dos rufianes lanzaban sendas bombas incendiarias, del mismo tipo que la usada en casa del doctor Pennycut.

Todos los ocupantes de la taberna murieron abrasados en unos segundos.

CAPÍTULO XI

Como jefe de la
P. U. S.,
Dadzeus poseía, ciertamente, una autonomía poco menos que ilimitada, lo cual no quería decir que no tuviese que responder de su gestión ante alguien de rango superior al suyo.

El hombre que podía fiscalizar las acciones del Dadzeus era el ministro del Interior, un sujeto de aspecto insignificante y suaves ademanes, pero con la vista de un halcón y la inteligencia sumada de una docena de cerebros de sabios.

El ministro se llamaba Carlson y estaba al tanto de las actuaciones de la
P. U. S.
Además de dirigir la parte puramente relativa al orden público, supervisaba también lo referente a comunicaciones, aunque, por regla general, era un subsecretario el que se encargaba esto último.

Pero, como en el caso de Dadzeus, Carlson también se hallaba enterado de los asuntos más importantes de la subsecretaría de Comunicaciones. Ésta era una de las razones que le habían impulsado a llamar al jefe de la
P. U. S.

Cuando Dadzeus acudió al despacho de su superior, Carlson le hizo relatar el estado y los resultados de las últimas actuaciones. Después, el ministro dijo:

—También yo tenía algo que decirle al respecto, Bert.

—Sí, señor.

—Es posible que no tenga nada que ver con todo esto que andamos investigando, pero no debemos desechar el menor indicio, por pequeño que pueda ser o por insignificante que nos parezca. A

fin de cuentas, es una labor policial, ¿no?

—Desde luego.

—¿Ha oído hablar usted alguna vez del profesor Charles Vyndemere?

Dadzeus movió la cabeza negativamente.

—Confieso que no, señor ministro —respondió. Y preguntó—: ¿Quién es ese sujeto?

Carlson junto las yemas de los dedos.

—Era uno de los ingenieros del departamento de Comunicaciones. Un tipo inteligente y con muchos conocimientos, creo recordar. Hubiera llegado muy lejos, si no se hubiese producido un incidente sumamente extraño… entonces me pareció extraño, pero ahora, a la vista de lo que está ocurriendo, ya no me lo parece tanto.

El ministro hizo una corta pausa. Dadzeus conocía sus pequeñas manías y no le quiso interrumpir.

—Hace algunos años presentó un sistema de comunicaciones novísimo, que podía dar resultados verdaderamente fabulosos, según él, claro. Usted ya sabe que enviar un mensaje telegráfico a cualquier parte del globo es algo que se hace en el acto, que a la Luna tarda un segundo y cuarto y que, entre los satélites artificiales y el planeta, la comunicación resulta también instantánea.

»Pero cuando se trata de mensajes entre la Tierra y otros planetas del Sistema Solar, la cosa ya varía. A Marte, por ejemplo, el promedio de tiempo es de veinticuatro minutos; a Júpiter nos cuesta dos horas por lo menos… y si es un mensaje a los puestos avanzados de Plutón, a seis mil millones de kilómetros de distancia media, el mensaje cuesta más de cinco horas… en este último caso suponiendo que pudiera enviarse directamente, sin necesidad de estaciones relevadoras, que son necesarias, dada la insuficiente potencia de las emisoras que no alcanzan a distancias tan exorbitantes.

—Comprendo, señor ministro —dijo Dadzeus—. Y ¿en qué consistía el invento de Vyndemere?

—En enviar los mensajes instantáneamente, no importa la distancia qué separase al emisor del receptor.

—¿Qué medios pensaba utilizar para lograr una cosa semejante? Resultaría de una utilidad fabulosa.

—En efecto —sonrió Carlson—. Poder enviar un mensaje a Plutón, sin esperar casi un día a conocer la respuesta… hablar con los habitantes de aquel mundo remoto con la misma facilidad que hablamos usted y yo ahora, o quien dice Plutón, dice también Júpiter y los demás planetas, es algo cuyos beneficios no son necesarios exponer. Pero los medios que Vyndemere pensaba emplear parecieron un tanto fabulosos y, por dicha razón, la comisión técnica encargada de dictaminar sobre su invento, lo rechazó.

Dadzeus gruñó algo entre dientes.

—Algo por el estilo dijo Napoleón a Fulton cuando le presentó su proyecto del primer barco a vapor… y, ya ve, no pudo invadir Inglaterra. Fulton se marchó a los Estados Unidos y lo que pasó después con su máquina de vapor no es necesario repetirlo aquí.

El ministro sonrió.

—Tiene usted toda la razón. En lugar de estudiar las posibilidades del descubrimiento de Vyndemere, los técnicos, que siguen comiendo filetes de ternera en lugar de cebada, lo rechazaron.

—Bien, ¿y en qué consistía ese maldito medio de comunicación instantánea?

—Telépatas, Bert.

—¿Qué hay de Vyndemere? ¿Dónde está ahora?

—No se sabe. Cuando la comisión dictaminó que su invento era más bien una tontería cualquiera de ciencia-ficción que algo que podía llevarse a la práctica con un mínimo de utilidad[1], Vyndemere desapareció y ésta es la hora que no se ha vuelto a saber nada de él.

* * *

—Y desde entonces —dijo Dadzeus—, no se han vuelto a tener noticias de Vyndemere.

El jefe tomó el vaso que le ofrecía Kaldoon. Nelly, sentada en un sillón, escuchaba atentamente, sin hacer el menor movimiento, convertida en una estatua.

—Así que usted sospecha que Vyndemere es el posible causante de todas estas tropelías —habló él joven.

—No nos queda otro remedio que investigar en esa dirección, Pedro —convino Dadzeus, tras un largo trago del contenido del vaso.

—A mí me parece muy bien —admitió Kaldoon—. Pero encuentro ciertos inconvenientes, jefe.

—¿Por ejemplo?

—Un telépata puede conocer lo que hace otro telépata, puestos de acuerdo por anticipado para la hora de la transmisión o bien conociéndose tanto mutuamente, que puedan enlazar sin necesidad de hacer otra cosa que pensar el uno en el otro.

—¿Qué más?

—Pues que entonces, ¿cómo supo Vyndemere, si él es el autor de todo este mortífero embrollo, lo que se tramaba en el consejo de ministros, en el laboratorio de Henry Wahann y en nuestra oficina, por no citar más casos? ¿Hay algún telépata entre nosotros?

—No lo sé —confesó Dadzeus—. Pero por eso mismo estamos investigando —añadió—. ¿Qué más, Pedro?

—Y, por último, y lo más importante: ¿cómo obtuvo las fotografías del consejo de ministros, de nuestra reunión y de los planos del invento de Wahann? ¿Puede conseguir esto un telépata?

—El televisor no contenía ninguna cámara oculta —dijo Dadzeus, aludiendo al que había en su despacho.

—Pero las fotografías fueron conseguidas.

Hubo un momento de silencio.

—Sea o no Vyndemere, lo cierto es que se trata de un hombre de una inteligencia diabólica —manifestó el jefe.

—Y falto en absoluto de piedad hacia sus semejantes —declaró Nelly, silenciosa hasta aquel instante—. No lo digo sólo por los que ha asesinado, sino por aquéllos a quienes nos ha borrado unos meses de nuestra existencia.

Dadzeus asintió.

Nelly tenía razón.

—A propósito —dijo Dadzeus—. López curará. Sufrió graves quemaduras, pero su veloz reacción le salvó la vida. Durban, en cambio, murió. Como todos los clientes y el servicio de «La Paloma».

—¿Y los que lanzaron las bombas termógenas? —preguntó Kaldoon.

—Murieron también.

—Eso significa que Vyndemere… «El Ojo», les había dado orden de tirar las bombas, sin preocuparse de lo que pudiera sucederles a ellos.

—Seguro —convino el jefe.

—Lo cual significa que, previamente, les había convertido en unos «zombies», en unos cuerpos sin alma.

—Unos no-muertos —dijo Nelly.

—Exacto —afirmó Kaldoon.

De nuevo volvió a hacerse el silencio.

La preocupación embargaba a todos los presentes.

—¿Se sabe algo acerca del satélite misterioso que, según parece, provocó la explosión que destruyó a la «Edwina R.»? —preguntó Kaldoon.

—No, en absoluto.

—¿Es posible que las patrullas del espacio no hayan podido localizarlo?

—Así parece, dado que no se ha hallado el menor rastro del mismo.

Kaldoon se mordió los labios.

—Hay dispositivos antirradar, que anulan la detección —dijo pensativamente—, pero lo que no se puede anular con tanta facilidad es la observación visual. Y las patrullas del espacio deben conocer las coordenadas del lugar donde estalló la «Edwina R.».

—Sí, pero también sé de pinturas que absorben por completo cualquier radiación luminosa, convirtiendo en invisible a un cuerpo, a menos que se puedan dar circunstancias extraordinarias. Y el espacio que hay en torno al planeta mide muchos millones de kilómetros cúbicos para explorarlo con todo detenimiento antes de conseguir un resultado positivo.

—Sin embargo, siguiendo la órbita detectada por la astronave…

—Suponiendo que ese misterioso satélite tenga algo que ver con los manejos de Vyndemere, debemos tener en cuenta que éste no es tonto y que, después de lo ocurrido, habrá variado su órbita. O bien habrá hecho descender el satélite hasta que pase todo… quiero decir, hasta que se «enfríe» el asunto.

—O tal vez lo destruyó desde tierra —sugirió Nelly—. Y más adelante, cuando, como usted dice, se haya «enfriado» el asunto,

construirá otro.

—¿Tendría a sus telépatas en ese satélite? —preguntó Kaldoon.

Ni Dadzeus ni Nelly supieron responderle. Permanecieron silenciosos, concentrados en sus pensamientos, que no tenían nada de agradables.

De pronto, el jefe preguntó:

—Pedro, ¿cuándo pone en práctica su plan?

—Hoy mismo, jefe.

—Supongo que nadie más que usted mismo lo conoce.

—En efecto. Ni siquiera Nelly sabe en qué consiste. No podemos correr el riesgo de que «El Ojo» se entere y estropee la idea.

—Bien —habló Dadzeus, resumiendo su modo de pensar—, espero que todo les salga bien, Pedro. De lo contrario… No sé por qué, pero me parece que pronto tendrá la Tierra un nuevo dueño. Y ninguno de los terrestres podemos evitar hallarnos sometidos al menor de sus caprichos —concluyó en tono lúgubre.

Dadzeus se marchó a poco, dejando solos a la pareja. Entonces, Nelly se puso en pie y abrazó a Kaldoon con fuerza.

—No sé qué plan has ideado y tengo confianza en ti… pero, al mismo tiempo, me siento temerosa y aprensiva —murmuró.

Kaldoon acarició suavemente sus cabellos.

—Ese miserable te utilizó, como ha utilizado a otros desdichados, para conseguir sus criminales propósitos. Debe ser castigado inexorablemente… no debe seguir cometiendo tropelías por más tiempo.

—Lo sé, pero tengo miedo. —Nelly le miró ansiosamente—. Ya sé que no debería hablarte así, que mi obligación es darte ánimos… pero no puedo, Pedro. Perdóname…

Kaldoon la hizo callar, mediante el expeditivo procedimiento de taparle la boca con sus labios.

—No sigas —dijo, al separarse de ella—. Será cuestión de un tiempo muy corto, semanas, tal vez días. ¡Pero cuando regrese, podremos vivir en paz, sin que nadie venga a espiar lo que hacen un par de recién casados en su luna de miel!

Nelly se ruborizó de manera deliciosa.

—¡Tonto! —exclamó.

* * *

Kaldoon empezaba ya a perder la paciencia.

Llevaba casi una semana aguardando.

—Quizá Vyndemere… o «El Ojo», es un tipo demasiado listo y no pica el cebo —murmuró, mientras, una vez más, se contemplaba en el espejo.

Su aspecto fisionómico había cambiado de modo notable. Ahora tenía la tez más tostada y sus ojos eran azules, merced a unas inyecciones de acción rápida.

El cabello tenía color castaño oscuro, casi negro, y sobre el labio superior, ostentaba un frondoso bigote. Un médico amigo suyo le había practicado en la mejilla izquierda un chirlo de regular tamaño, que le llegaba de la comisura del ojo izquierdo hasta casi la mandíbula inferior, empleando luego un procedimiento de cicatrización ultrarrápida, para hacer que la cicatriz pareciera como producida años antes.

Dejó el espejo. Si «el Ojo» tenía una fotografía suya, no podría reconocerle.

—A menos que se le ocurra tomarme las huellas digitales —gruñó—. Pero no creo que sus espías telépatas hayan llegado a tal cúmulo de perfecciones.

Se apartó del espejo y pasó al saloncito. Residía en un apartamiento completamente distinto, situado en un lugar de la ciudad opuesto al suyo.

Para mayores precauciones, había hecho que Nelly se escondiera también. No quería que la joven pudiera sufrir de nuevo la diabólica influencia de «El Ojo».

Sobre la mesita que había frente al diván, se veía un periódico. Kaldoon lo tomó y leyó una vez más el anuncio que había mandado publicar días antes.

> *Hombre joven, presencia agradable, experto en comunicaciones, aceptaría cualquier empleo relacionado con su profesión. Escribir o llamar al n.º…*

Lanzó el periódico sobre la mesa, con ademán disgustado.

—Ese tipo no pica —masculló.

Fue a encender un cigarrillo. De pronto, sonó el timbre de la

puerta.

Kaldoon se puso en tensión.

—¿Será él? —murmuró.

Abrió la puerta. Había dos hombres bajo el dintel.

El instinto le dijo que eran enviados de «El Ojo».

—¿Jeff Doone? —preguntó uno de ellos, empleando el nombre que Kaldoon había decidido adoptar para la misión.

—Yo mismo —contestó el joven—. ¿En qué puedo servirles?

Uno de los sujetos sacó un ejemplar del mismo periódico que Kaldoon tenía sobre la mesita.

—Usted solicita un empleo de técnico en comunicaciones —dijo.

—No lo niego —sonrió Kaldoon—. ¿Vienen ustedes a proporcionármelo?

Hubo una pausa de silencio. Kaldoon temió lo peor.

Le sería muy difícil defenderse, si era atacado. No podía introducirse en el antro de «El Ojo» equipado con su arsenal de agente de la
P. U. S.,
ya que, lógicamente, una de las cosas que primero harían sería registrarle de pies a cabeza.

—En efecto, vamos a proporcionarle ese empleo —contestó el hombre.

CAPÍTULO XII

Kaldoon se echó a un lado.

—Pasen ustedes —invitó—. Imagino que hablaremos mejor delante de unas copas.

—Gracias —aceptó el individuo.

Su compañero permanecía mudo como una esfinge.

Kaldoon preparó tres vasos y sirvió a sus visitantes.

—A su salud —dijo.

Los otros bebieron en silencio.

—Me llamo Ivanov —dijo el que hablaba, sin mencionar para nada el nombre de su compañero.

—Encantado, señor Ivanov —respondió Kaldoon.

—En principio, le diré que el sueldo es bueno. Diez mil mensuales.

Kaldoon silbó.

—Eso es lo que gana un ministro al año —comentó.

—El empleo lo vale, pero es preciso obedecer ciegamente.

—Por ese sueldo, cortaría el cuello al Presidente del Gobierno Central —rió el joven—. ¿Qué más?

—Durante un período de tiempo no inferior, en ningún caso, a seis meses, deberá estar totalmente aislado de lo que pudiéramos llamar mundo exterior. Como es natural, la comida y demás correrán de nuestra cuenta, de modo que, prácticamente, ahorrará su sueldo íntegro.

—¡Magnífico! —alabó Kaldoon—. Siga, por favor, amigo Ivanov.

—Comprendemos que, al cabo de un tiempo, nuestros empleados necesitan expansión. De lo contrario, acaban por resentirse. Ya sabe usted, claustrofobia y todo eso.

—Desde luego.

—Claro, un hombre con las facultades psíquicas disminuidas, siempre da un rendimiento inferior al real. Por dicha razón, cada determinado período de tiempo, que puede oscilar entre seis meses y un año, según los casos, se les conceden dos o más meses de vacaciones, totalmente libres.

—Estupendo. Me parece que he tenido una suerte enorme al publicar ese anuncio.

—Todavía no he terminado, señor Kaldoon —dijo Ivanov, que no perdía su impasibilidad ni por un momento—. Sus servicios son necesarios en un lugar donde se está desarrollando un proyecto del máximo secreto.

—Bueno, algo así me imaginé cuando me dijeron lo del sueldo. Pueden estar tranquilos, amigos; lo que es por mí, nadie sabrá una sola palabra de lo que pasa.

—Es que todavía hay más —añadió Ivanov.

—Usted dirá, amigo. Soy todo oídos.

—Vamos a llevarle al lugar donde se está desarrollando ese proyecto que, como puede comprender, es también secreto.

Kaldoon sonrió.

—Si piensan vendarme los ojos, les diré que sí desde ahora.

—No le vendaremos los ojos, pero sí le propinaremos una inyección para dormirle.

—Si la gente me ve saliendo en brazos de ustedes dos, recelarán algo —advirtió Kaldoon.

Por una vez, Ivanov dejó que una sonrisa apareciera en sus delgados labios.

—Usted estará dormido, pero podrá caminar solo, siguiendo nuestras órdenes. Los efectos de la droga, que no tiene resultados posteriores secundarios, durarán un par de horas, pasado cuyo tiempo volverá a su entera normalidad.

—Vamos, una especie de hipnotismo a pinchazos —replicó Kaldoon.

—Más o menos —admitió Ivanov—. Bien, ¿acepta?

—¡Hombre, a estas alturas y con el sueldo que me anuncia, ya no me puedo echar atrás! —Alargó el brazo—. Pinchen cuanto quiera, amigos.

Ivanov se volvió hacia su acompañante.

—Prepara la inyección —ordenó.

El tipo silencioso se puso en pie. Sacó una cajita del bolsillo y empezó a disponer todo lo necesario para inyectar la droga en las venas del joven.

Kaldoon se remangó el brazo izquierdo. De pronto, empezó a rascarse con las uñas.

—¡Demonios, cómo me pica! —sonrió.

Segundos más tarde, la aguja penetraba en su vena. El silencioso presionó el émbolo de la jeringuilla y la droga penetró en la corriente sanguínea.

—Dentro de dos minutos hará efecto —advirtió Ivanov, cuando su compañero retiraba la aguja.

—¿Debo llevar algo conmigo? —preguntó Kaldoon.

—No. A… «Allí» se le suministrará de todo cuanto le haga falta.

—Así da gusto —sonrió el joven.

Se hizo el silencio en la habitación. De pronto, Kaldoon vio que los dos individuos cambiaban una rápida mirada.

—La droga tiene que estar ya surtiendo efectos —dijo el compañero de Ivanov.

—Sí, eso creo yo, pero convendría esperar aún sesenta segundos más.

Ivanov se acercó al joven y le tomó por un brazo.

—Siéntese en el sillón —dijo.

—Me siento torpe —murmuró Kaldoon con voz espesa.

—No tiene nada de particular —contestó Ivanov—. Se le pasará enseguida.

—Sí, claro.

Ivanov consultó su reloj. Espero unos momentos y luego, inclinándose hacia el joven, preguntó:

—¿Me oye bien, Doone?

—Sí —contestó él con voz sin entonaciones.

—¿Se llama usted de veras Jeff Doone?

—Sí.

—¿Conoce a un tal Pedro Kaldoon?

—No.

—¿No ha oído hablar de él alguna vez?

—Nunca.

—¿Qué sabe de la

P. U. S.?

—¿Qué es la
P. U. S.?

Ivanov cambió una mirada de inteligencia con su compañero.

—Es una buena adquisición —murmuró.

—Así parece —convino el otro. Se acercó al joven—: ¿Conoce a una tal Nelly Shomo?

—No.

—Creo que podemos llevárnoslo ya, Ivanov.

—Muy bien. ¿Doone?

—¿Sí, Ivanov?

—«Señor» Ivanov —rectificó el sujeto—. Ése es el tratamiento que debe darme.

—Perdón, señor Ivanov.

—Así está mejor. Póngase en pie.

Kaldoon obedeció.

—Ahora vendrá con nosotros —dijo Ivanov.

—Lo que me manden.

—Eso es todo. Vamos.

Se dirigieron hacia la puerta. El compañero de Ivanov la abrió y, con recelo, miró a derecha e izquierda.

—El camino está libre —dijo.

—Muy bien.

Salieron al pasillo y se encaminaron al ascensor, que les llevó a la terraza del edificio, en donde aguardaba un helicóptero, con el piloto sentado tras los mandos.

—¿Qué, un nuevo recluta, eh? —comentó el individuo con sorna.

—Cállate, Mac —ordenó Ivanov en tono malhumorado.

—Está bien, está bien —rezongó el piloto—. Pero no hay para ponerse así. Total, por otro idiota que ha caído…

—Suba al helicóptero, Doone —dijo Ivanov, sin hacer caso de la gárrula charla de su compinche.

Kaldoon obedeció. Se sentó en el asiento posterior, rígido e inmóvil. Ivanov le sujetó con la correa de seguridad y luego dio una orden:

—Arranca, Mac.

El piloto dio gas y el helicóptero se elevó en el aire raudamente.

Volaron durante casi cuatro horas, al cabo de cuyo tiempo, el

aparato perdió velocidad y empezó a descender.

Unos minutos después, se había detenido junto a un edificio que tenía todo el aspecto de una granja, con las construcciones complementarias necesarias.

La granja se hallaba al pie de una colina de forma redondeada, que mediría unos doscientos cincuenta o trescientos metros de altura máxima, siendo su extensión máxima en la base de unos mil doscientos metros. Dicha base tenía forma aproximadamente circular, con lo que la colina, en general, tenía la forma de un sector de esfera, cuya mayor parte estuviese sumergida bajo la llanura colindante.

La colina estaba cubierta de vegetación: césped, arbustos y algunos árboles. Un arroyo pasaba por las inmediaciones y en los prados pastaban algunas vacas, cuidadas por un par de hombres que disponían de helicópteros individuales para sus desplazamientos.

El aparato se detuvo en las cercanías de la casa grande.

—Ya puede apearse, Doone —dijo Ivanov, después de quitarle la correa.

—Está bien —respondió el agente.

Saltaron a tierra. Ivanov condujo al joven hasta la granja, en cuyo interior penetraron.

Un hombre acudió a recibirles.

—¿Está el jefe? —preguntó Ivanov.

—Sí, abajo. ¿Quién es éste?

—Un nuevo especialista en comunicaciones. Hacía falta. Sígame, Doone.

Precedido por Ivanov, Kaldoon atravesó un par de habitaciones, hasta llegar a una completamente desnuda de muebles y de un tamaño aproximado de tres metros por lado. Ivanov se acercó a uno de los muros y presionó un botón apenas visible.

El suelo entero se hundió hacia abajo. Era la plataforma de un ascensor.

El descenso duró cosa de un minuto a reducida velocidad. Momentos más tarde, los dos hombres salían fuera del ascensor.

Caminaron por un pasillo brillantemente iluminado, hacia una puerta situada al fondo, en la que se veía un rótulo luminoso con una palabra de cuatro letras:

JEFE

Ivanov se detuvo ante la puerta. Sin tocarla siquiera, llamó:

—Jefe, soy Ivanov con un nuevo recluta.

Una voz brotó por un altoparlante invisible:

—Está bien. Puede retirarse, Ivanov. Deje al recluta frente a la puerta.

—Sí, jefe.

—Un momento, Ivanov. ¿Hizo todas las comprobaciones necesarias?

—Sí, jefe.

—Está bien. Descansen un poco. Luego, vuelvan a la superficie y busquen al jefe de la
P. U. S.
y a Nelly Shomo. Cuando los hayan encontrado, mátenlos.

—Sí, jefe —contestó Ivanov en tono impasible.

—Eso es todo.

Ivanov se marchó y Kaldoon quedó frente a la puerta.

Por fin iba a enfrentarse con «El Ojo».

CAPÍTULO XIII

La puerta se descorrió en completo silencio.

—Pase —dijo la voz.

Kaldoon cruzó el umbral con paso mecánico.

La habitación era grande, amueblada con sencillez. Había una mesa y varios sillones, lo cual constituía el único mobiliario de la estancia.

Aparte de ello, en uno de los lados de la pared había hasta una veintena de televisores, un par de los cuales funcionaban en aquellos momentos.

Detrás de la mesa se veía a un hombre de unos sesenta años, alto, fuerte todavía, pese a una ligera cargazón de hombros, de pelo abundante y ya blanco, ojos vivaces y nariz aquilina. Kaldoon se detuvo a dos pasos de la mesa y esperó.

—¿Qué sabe hacer usted? —preguntó el hombre.

Kaldoon permaneció silencioso.

—¿Qué sabe hacer usted en comunicaciones? —preguntó el individuo nuevamente.

—Todo —respondió Kaldoon.

Una leve sonrisa distendió los labios del sujeto.

—Soy el profesor Vyndemere —se presentó—. Pero usted deberá llamarme siempre jefe.

—Sí, jefe.

—Estará con nosotros seis meses. Se tomará dos de vacaciones y luego volverá a su trabajo.

—Sí, jefe.

—Aquí siempre se necesitan expertos de comunicaciones. Su labor, por otra parte, no será demasiado fatigosa. Una jornada normal.

—Sí, jefe.

—Tendrá comida abundante y sin tasa. Las distracciones serán ya más escasas, pero hay una buena biblioteca y también disponemos de un excelente archivo de películas.

—Sí, jefe.

—Ahora le enseñarán su alojamiento. Mañana empezará a trabajar.

—¿A quién habremos de chantajear próximamente?

Un denso silencio gravitó de repente sobre la estancia.

—¿Cómo ha dicho usted, Doone? —preguntó Vyndemere, al cabo casi de un minuto de estupefacción.

—He dicho: «¿A quién habremos de chantajear próximamente?».

Los ojos de Vyndemere relucieron como los de un tigre que se dispusiera a atacar. Fue a moverse, como para tocar alguno de los innumerables botones y teclas que tenía sobre la mesa, pero el joven fue muchísimo más rápido que él.

Saltó hacia delante, con las manos extendidas. Pasó por encima de la mesa, le alcanzó en el pecho y lo derribó de espaldas.

Vyndemere cayó lanzando un aullido. Aún conservaba fuerza, pero no podía compararse con un hombre en la plenitud de su edad y vigor físico.

Kaldoon se incorporó antes que Vyndemere. Éste intentó revolverse, pero entonces un puño cayó sobre su mandíbula.

El científico quedó atontado. Kaldoon se volvió y registró la mesa rápidamente.

En uno de los cajones halló un cañón termógeno. Comprobó que funcionaba y luego se reclinó en la mesa.

Vyndemere se recuperó minutos después. Se sentó en el suelo y miró al joven con expresión en la que se mezclaban el odio y el asombro.

—¿Cómo lo consiguió? —quiso saber.

Kaldoon emitió una brillante sonrisa.

—Empleando la sustancia gris —respondió.

Vyndemere estaba aún aturdido.

—Pero… pero esos idiotas, ¿no le pusieron la inyección?

—En efecto, así fue. Y debe enviarles a una escuela de enfermeras, pues lo hacen rematadamente mal —contestó Kaldoon de buen humor.

Vyndemere se pasó una mano por la frente.

—No lo comprendo —murmuró—. Nunca había fallado la droga…

—Hasta que llegó mi turno.

—¿Qué hizo para que no le causara ningún efecto?

—Usted destruyó el laboratorio de Obeth, con objeto de que no averiguásemos la composición de la fórmula. Pero olvidó que teníamos una copia de la misma.

—¿Y…?

—Tuve que actuar como los topos para que no me viese usted. Otro químico analizó y estudió la droga. Ahora sabemos cómo actúa y la forma de contrarrestarla.

—¡Eso es imposible! —bramó Vyndemere.

—Entonces, ¿qué pinto yo aquí? —sonrió el joven.

El científico se calló. Las palabras de Kaldoon resultaban irrefutables.

—Nos dimos cuenta —prosiguió Kaldoon— de que los prisioneros que habíamos hecho, cuando los inutilizábamos mediante nuestros propios narcóticos, quedaban en una especie de coma, del que resultaba imposible sacarles.

—Cualquier narcótico, propinado después de mi droga, produce esos efectos —afirmó Vyndemere con orgullo.

—Pero si uno se aplica nuestro narcótico antes que el suyo, entonces, las dos drogas se anulan y no causan ningún efecto. Es cuestión de simple orden de aplicación, profesor Vyndemere.

El hombre estaba atónito.

—Entonces ¿quién diablos es usted? —preguntó.

—Kaldoon, de la
P. U. S.

—¡La
P. U. S.!
—repitió Vyndemere, abrumado.

Las fuerzas le fallaron y se dejó caer en un sillón.

—Su carrera de crímenes ha terminado, profesor —dijo Kaldoon severamente—. Y su ambición de conquistar el mundo, también.

—¿Cómo se narcotizó usted? —preguntó Vyndemere con voz apagada—. No estaría dormido cuando le visitaron mis agentes.

—Fingí que me picaba el brazo y me rasqué fuertemente con las

uñas. Tenía en ellas un poco de nuestro narcótico, que penetró con facilidad bajo la epidermis —explicó Kaldoon.

—Me ha derrotado —reconoció Vyndemere—, pero no creo que salga de aquí con vida.

—Usted será mi mejor garantía, profesor.

Vyndemere sonrió.

—Van a condenarme a muerte. ¿Qué importa morir ahora que dentro de unas semanas o meses?

Kaldoon se quedó silencioso.

Vyndemere acababa de plantearle un desafío. A él le tocaba aceptarlo.

Pero pensó que, por el momento, lo que más convenía era distraer la atención del científico.

—Explíqueme, por favor, ¿cómo conseguía enterarse de todo?

Una sonrisa de orgullo apareció en los labios de Vyndemere.

—Por medio de mi satélite de telépatas —respondió.

—Ah, se refiere a aquel invento que no le fue aceptado.

—¡Justamente! —tronó Vyndemere—. ¡Ellos, miserables escépticos, no me creyeron! ¡Entonces juré que un día desarrollaría de tal modo mi invento, que el mundo entero acabaría estando a mis pies!

—Y usted sería Charles Vyndemere I, Emperador de la Tierra.

—¡Absurdo! Nada de emperador ni presidente. ¿Para qué quiero esos cargos que no dan más que quebraderos de cabeza? Dinero es suficiente, y obtengo todo el que quiero apenas más que chasqueando los dedos. Con dinero se tiene todo, sin preocupaciones de ninguna clase.

—Ni siquiera las que causarían en otra persona las innumerables muertes que cometió —dijo Kaldoon en tono duro.

—Eran necesarias —gruñó Vyndemere sombríamente.

—Sus víctimas no pensarían igual, de seguir con vida.

—Lo siento. Es ya tarde para rectificar.

—Sí, en eso tiene usted razón —convino el joven—. Pero, dígame, ¿qué procedimiento empleaba para grabar las imágenes, si no disponía de otra cosa que los cerebros de sus telépatas?

Vyndemere sonrió.

—Los telépatas proyectaban sobre las pantallas las imágenes que captaban con sus cerebros. Ellos, sus ojos y sus cerebros eran las

cámaras que recogían las imágenes y luego las proyectaban en unos receptores, especialmente diseñados a sus longitudes de onda mentales. ¿No los ve usted ahí?

Kaldoon lanzó una rápida mirada hacia la batería de televisores que ocupaba todo un lado de la estancia.

—Y usted, de este modo, penetraba en cualquier parte del mundo, por oculta que estuviese —dijo.

—Así es. Desde aquí, daba la orden de observar tal o cual lugar y a las personas que estaban en él, facilitándoles la situación exacta. El resto era fácil de comprender.

—Desde luego. Pero usted debiera haber sido más comprensivo. Si el gobierno rechazó su proyecto, ¿por qué no lo ofreció a una compañía particular? La «Intermundial», por ejemplo, le hubiese pagado millones por la patente…

—¡No! —vociferó Vyndemere—. ¡Tenía que vengarme…!

Kaldoon comprendió que se hallaba ante un hombre, que por despecho y frustración, había perdido el juicio.

—Pero usted cometió un error. Sus especialistas salían de este escondrijo. ¿No temía que uno de ellos llegara a delatarle, como así ha sucedido?

—Era un riesgo que debía correr. Los efectos de la droga tienen una duración de seis meses a un año. No se puede poner una segunda dosis, sin un intervalo mínimo de dos meses, so pena de causar gravísimos trastornos en el organismo humano.

—Pero a usted, que tan poco le importaban las vidas humanas, ¿qué interés podía tener en sus especialistas para que siguieran viviendo al cumplirse el plazo de los efectos de la droga?

—La droga —respondió Vyndemere— provoca una amnesia temporal, que hace que el sujeto olvide por completo todo el tiempo que ha estado sometido a su acción. Pero cuando se le aplica la segunda dosis, el sujeto recuerda de nuevo todo a la perfección. Y entrenar a un especialista en comunicaciones telepáticas no es cosa fácil. Aparte de ello, aun con la droga, acababan padeciendo claustrofobia. Era preciso dejarles ir.

—¿Y los agentes que me han capturado? Ésos parecían actuar con entera independencia.

—En cierto modo. Empleé con ellos una variante de la droga, que les permite actuar con cierta normalidad en el exterior, pero

siempre cumpliendo mis órdenes.

—Es decir, independencia para cumplir una misión, pero debiendo realizarla a cualquier precio.

—Exactamente. —Vyndemere miró al joven—. De modo que usted es Kaldoon. No se parece en nada a las imágenes que yo conservo de usted.

—Un poco de maquillaje —confesó el joven—. A propósito, ¿cómo saldremos de aquí?

—De ninguna manera.

Hubo un momento de silenció.

—Póngase en pie, profesor —ordenó el joven.

Vyndemere se cruzó de brazos.

—Si he terminado, moriré aquí —afirmó.

Kaldoon calló un momento. De pronto, exclamó:

—¡Caramba! ¡Qué imágenes tan extrañas!

Vyndemere volvió los ojos hacia la pared de los televisores. Entonces, Kaldoon le asestó un tremendo golpe en la mandíbula con el cañón del arma termógena.

El profesor puso los ojos en blanco y se derrumbó al suelo como una masa inerte.

—Saldrás vivo de aquí —dijo Kaldoon, inclinándose para atarle de pies y manos—, ya lo creo que saldrás. Y vivirás lo suficiente para enfrentarte con un juez, un jurado… ¡y el verdugo!

CAPÍTULO III

—¿Y no te pusieron ningún obstáculo para salir de allí? —preguntó Irina Wahann.

Kaldoon rió con suavidad.

—No. Endurecí la voz, arrugué el ceño y empecé a dar órdenes a diestro y siniestro. ¡Qué manera de obedecer! ¡Como si fuesen soldados y yo un sargento veterano!

Estaban cenando los cuatro: Kaldoon, Nelly y los esposos Wahann.

El juicio contra Vyndemere tendría lugar días más tarde. Dadas las circunstancias, se celebraría a puerta cerrada.

—Ahora —siguió Kaldoon—, los mejores especialistas están estudiando los sistemas de comunicación de Vyndemere. Otros se encuentran en el satélite con los telépatas… en fin, que obtendremos un gran provecho de su invento.

—Pero él será castigado —dijo Nelly con vehemencia.

—Sí. Murieron demasiados inocentes. La magnitud de su descubrimiento no compensa una sola de las vidas que se perdieron por culpa de su megalomaníaca ansia de venganza.

—¿Y los drogados? —preguntó Irina.

—Van curándose, a medida que cesan los efectos de la droga. Los únicos más perjudicados fueron los que recibieron nuestros narcóticos, mientras estaban bajo la acción de la droga de Vyndemere, pero los médicos no cesan de investigar y acabarán por curarles.

—¿Y Tukhamov? ¿Cómo pudo darnos los datos? —quiso saber Nelly.

—Era uno de los químicos que habían trabajado en la composición de la droga. Ciertamente, Vyndemere no podía tener

narcotizados a todos…, pero el infeliz Tukhamov debió haber comprendido que Vyndemere no toleraba deserciones.

Hubo un momento de silencio. Luego, Wahann dijo:

—He sido repuesto en la presidencia de la «Intermundial». Estamos realizando gestiones para conseguir la cesión de la patente de las comunicaciones instantáneas y van por buen camino. Pedro, todo te lo debo a ti. ¿Qué puedo hacer para recompensarte?

Kaldoon sonrió.

—Creo que tenéis una cabaña de recreo en las montañas —dijo.

—Así es —confirmó Irina.

—Entonces, sólo quiero que me dejéis las llaves. Esa cabaña debe de ser un lugar maravilloso para pasar la luna de miel.

Miró a Nelly, la cual se sonrojó intensamente.

—Por supuesto, no recordarás nunca los seis meses que pasaste bajo la caverna de la colina —añadió—, pero no creo que perder medio año de memoria te importe demasiado.

—En absoluto —sonrió ella, dichosa.

—Sobre todo, cuando se gana una vida entera de felicidad —dijo Irina.

Kaldoon y Nelly se miraron. Irina tiró de la manga del traje de su esposo.

—Vámonos, Henry; estos dos tórtolos quieren quedarse solos.

—Sí, claro. Pedro, ya os enviaré las llaves de la cabaña. No hay teléfono, ni televisión, ni…

Irina volvió a tirar de su esposo.

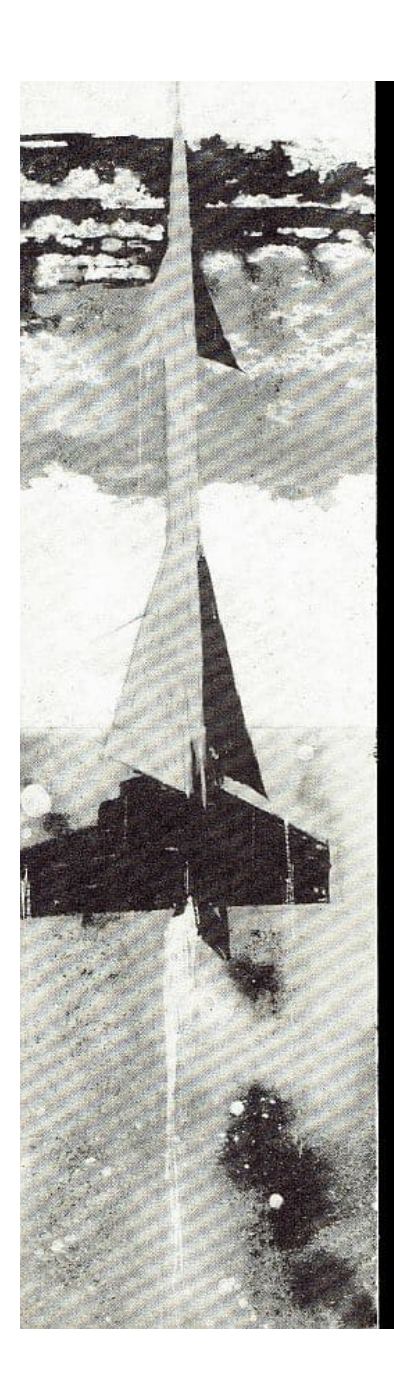
—Vámonos de una vez, Henry. ¿No ves que no te hacen caso?

Wahann suspiró:

—Me dan envidia —dijo, mientras se alejaba.

En cambio, Kaldoon y Nelly no envidiaban a nadie en aquellos momentos.





Los hombres que vivían en Starrel tenían que ser astutos, hábiles e inteligentes. Ser torpe significaba ¡morir!

Próximo número:

TRAMPAS ESPACIALES

Autor:

CLARK CARRADOS

Precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] El lector que juzgue lo dicho como una fantasía, deberá saber que tanto los Estados Unidos como la
U. R. S. S.
están realizando desde hace tiempo investigaciones en este sentido, habiendo obtenido, en algunos casos, un setenta por ciento de resultados positivos. (*N. del A*). < <